

CORRESPONDENCIA

TIERRA SANTA

Estado actual de Sidón.— Los católicos.— Indígenas de otras religiones.— Monumentos.— Curioso epitafio.

Muy estimado Padre: Habiéndole hablado ya en mi carta anterior, prosigue el P. Ullibarri desde Sidón el 1.º de Junio de 1894, de las múltiples vicisitudes por que ha pasado esta antiquísima cuanto celeberrima ciudad, réstame decirle cuatro palabras sobre su estado actual.

Ciertamente, si se la compara con lo que fué en otros tiempos, puede decirse con razón que es como si no fuese, habiéndose cumplido á la letra aquella profecía de Jeremías: *Dissipabitur... Sidon, cum omnibus reliquis auxiliis suis.* (Jerem. XLVII, 4). Por lo que toca á su población basta decir que apenas cuenta doce mil almas, de manera que no le conviene si no es por antífrasis la antigua denominación de *Sidonem magnam*, que se le da en *Josué*. Su floreciente industria ha desaparecido por completo, no menos que su extenso comercio. Su única belleza consiste en lo inmejorable de su posición y en sus frondosos y bien cultivados jardines. En estas dos cosas y en su excelente clima, nada tiene que envidiar á las mejores ciudades del mundo.

Inútil es decir que la mayor parte de sus habitantes son musulmanes, celosos hasta lo sumo de su religión, pero de carácter esencialmente pacífico. Puede andarse de día y de noche dentro y fuera de la ciudad sin temor del más mínimo insulto. Sólo á los chiquillos se les oye alguna que otra vez gritar de lejos: *Juri, juri*, es decir: Cura, cura, pero basta dirigirles una severa mirada para taparles la boca. Si hay alguna persona mayor entre ellos, se la suele tapar de otra manera más eficaz, es decir, á puntapiés y pescozones. No hace todavía un mes presencié un caso de éstos que me dejó edificado. Volvíamos de paseo dos Religiosos, y al llegar cerca del convento comenzaron unos niños á repetir la palabra referida, cuando he aquí que apercibiéndose de ello un turco que por allí pasaba la emprendió á mo-

jicones con ellos, no de otra suerte que si le hubieran hecho á él la mayor injuria. Estaba la calle llena de gente, y lejos de reprobar la manera bárbara con que los castigó, dieron todos, por el contrario, muestras de aprobación. ¡Qué ejemplo para los que por ahí andan á cuchilladas con los Obispos!!! ¡y mucho más para los que tales atentados consienten!! Al recordar esto no puedo menos de dar gracias á Dios por hallarme entre infieles, pues al menos entre éstos gozamos de perfecta libertad, cosa que no pasa en las naciones que se dicen cultas, civilizadas y cristianas. ¡Qué vergüenza!

Los católicos, incluso todos los ritos, ascienden á unos dos mil quinientos, número pequeño ciertamente, pero relativamente considerable. La parroquia latina está á nuestro cargo, como casi todas las de Oriente.

Aunque no es muy grande, es acaso la más lucida y aristocrática que tenemos, pues se compone en gran parte de familias consulares. No temo afirmar que difícilmente se encontrará en el mundo una ciudad tan pequeña con tantos representantes de potencias extranjeras como Saida. Siete de ellos, á saber: los de España, Portugal, Francia, Inglaterra, Países-Bajos, Austria y Alemania, son latinos. Estamos, por consiguiente, bien provistos de cónsules, los cuales ciertamente tienen poco que sudar. Digo esto, porque los extranjeros que pasan por aquí, de cualquiera nación que sean, se cuidan bien poco de dirigirse á ellos, y lo único por qué preguntan es por el convento de Tierra Santa. Tenemos, pues, que el cónsul efectivo y general es el Presidente de



JAPÓN.—Tipos ainos. (Pág. 469)

esta residencia, quien tiene que dar hospitalidad y proveer de lo necesario á cuantos aquí vienen, que no son pocos. Y es de advertir, que no pasa esto solamente en Saida, sino que acontece también con corta diferencia en los demás puntos en donde se halla establecida esta extensa Custodia. Por esta causa puede decirse con razón, que sólo á la inagotable caridad franciscana, y no á sus respectivos representantes, deben los pobres extranjeros el no perecer de necesidad en estas inhospitalarias regiones.

Además de los turcos y católicos, hay también cismáticos, bastantes judíos, algunos protestantes, ¡y... hasta logia masónica!!! Con que vean mis lectores si estamos bien servidos de todo...; pues hay religiones

para todos los gustos ó conveniencias. Por lo que toca á la Francmasonería creo conveniente advertir para ver-güenza de quien corresponda, que debe aquí su origen á un vicecónsul de la *nación protectora* de los intereses católicos en Oriente!! ¡Qué bonito ejemplo!

Los restos antiguos que existen dentro del casco de la ciudad sólo se remontan al tiempo de los Cruzados, y se reducen, al castillo de San Luís, de que hice mención en mi anterior, á otra fortaleza situada en un escollo dentro del mar y unida á la población por un puente de nueve arcadas, y á la antigua catedral dedicada á San Juan Bautista, convertida hoy en mezquita. A unos dos kilómetros al Mediodía de la ciudad se encuentran los sepulcros fenicios cavados en la viva roca, y formando curiosas galerías subterráneas que les dan el aspecto de un complicado laberinto. Se han hecho allí en estos últimos años grandes excavaciones, lo mismo que en los jardines, y se han encontrado verdaderos tesoros de escultura y grandísima cantidad de monedas de oro, plata y cobre, referentes á las épocas fenicia, griega y romana. Uno de los más interesantes hallazgos fué sin duda alguna la tumba ó mausoleo de uno de los antiguos reyes de Sidón, con una inscripción fenicia perfectamente conservada, de la que existe copia exacta en este convento. Según la traducción francesa que también aquí tenemos, dice así:

«En el mes de Bul del año cuartodécimo de mi reinado. Yo soy Esmunazar rey de los sidonios, hijo de Tabnith rey de los sidonios. En medio de mis festines y de mis vinos perfumados, he sido arrebatado de entre los hombres para pronunciar una lamentación, morir y quedar recostado en esta tumba que yo he construido para mi sepultura. Por esta lamentación, conjuro á toda raza real, y aun á todo hombre, que no abra jamás este lecho fúnebre ni sea hollado por la planta de los fieles, porque hay imágenes de los dioses entre ellos. Que no se quite la cubierta de este sepulcro ni se construya sobre este lecho de mi sueño, aun cuando diga alguno: «No escuchéis á los que han sido humillados «por la muerte.» Cualquier hombre aunque sea de raza real que abra el monumento de este lecho fúnebre, ó levante su cubierta ó construya sobre él, que carezca de lecho fúnebre reservado entre las *sombras*, sea privado de sepultura, no deje posteridad y quede secuestrado en los infiernos por los Alonium (los grandes dioses). Si es de raza real el que ejecute estas cosas, recaiga su maldito crimen sobre sus hijos hasta la extinción de toda su descendencia. Y cualquiera que atente contra nuestro reposo extrayendo de aquí los cadáveres de la familia real, sépase que es un profanador, y quede marcado con señal de reprobación entre los vivientes debajo del sol; pues yo, digno de piedad, he sido arrebatado en medio de mis banquetes y vinos perfumados de la asamblea de los hombres.

«Yo reposo aquí en verdad, yo, Esmunazar rey de los sidonios, hijo de Tabnith rey de los sidonios, y conmigo mi madre Amastoreth, que fué sacerdotisa de Astoreth é hija de Esmunazar rey de los sidonios, la cual edificó el templo de los Alonium y el de Astarte en Sidón, ciudad marítima, ofreciendo á esta diosa magníficas ofrendas. Reposa también conmigo Orichana, que edificó en la montaña un templo á Esum, Dios

santo; y Onchanc, que edificó templos á los Alonium de los sidonios, construyendo además el de Baal y el de Astarte gloria de Baal... Por esta lamentación conjuro de nuevo á todo hombre, que ninguno ose abrir esta tumba, ni edificar sobre este monumento fúnebre por miedo de que los Alonium los tengan secuestrados. Y si obrasen de otra suerte, perezcan tales profanadores, y quede destruida su posteridad para siempre.»

En 1887 se hicieron nuevas excavaciones, y entre otras cosas notabilísimas se encontró un sarcófago sumamente parecido al del rey de quien acabo de hablar. Si se emprenden de nuevo los trabajos, como parece ser la intención de la Sublime Puerta, sin duda alguna que se hallarán todavía nuevas preciosidades.

P. D. Acabo de recibir una carta de Damasco en la cual, después de participármela la traslación de los restos mortales del P. Tomás, martirizado por los judíos en 1840, se me dice, que también en este año ha desaparecido otro niño cristiano, el cual ha sido encontrado muerto en la orilla de un río y á lo que parece con las arterias abiertas. ¿Será un nuevo mártir debido al rito de sangre?...

CHINA

Carácter singular de los chinos.— Dificultades que ofrece su conversión

El Rdo. P. Fr. Alejandro Cañal, misionero dominico, escribe á su Padre Provincial desde Emuy, el 20 de Septiembre de 1893:

DESEANDO satisfacer los deseos de V. R., tomo la pluma para decirle alguna cosa de este distrito de Emuy.

Es este puerto el punto más antipático á todos los misioneros por el poco fruto de sus trabajos, siendo muy corto el número de cristianos, y grande la apatía de los gentiles; pues aunque éstos sean generalmente gente pacífica y aun respetuosa con el misionero, sin embargo, cuando se les habla de Religión se quedan tan fríos como si el hombre no tuviera otros fines sobre la tierra que los de un animal cualquiera.

En el puerto actualmente hay algunos catecúmenos; pero tan fríos que, aunque vienen á Misa los domingos, toman tan despacio el instruirse, que no sé si llegarán á recibir la gracia del Bautismo. En el interior de la isla hace un año que se nota algún movimiento, y ya me han pedido catequistas varios pueblos: éstos parecen algo más animados y mejor dispuestos que los del puerto: hay algunos que andan más de tres horas para venir á Misa los domingos.

El puerto de Emuy pertenece á la villa de Ton-gan, distante de aquí unas ocho horas por un canal interior. En dicha villa nunca se había predicado la Religión católica hasta el año pasado, que se introdujo allí del modo siguiente: Hay en este puerto varios comerciantes, que son naturales de la mencionada villa y tienen allí sus familias: entre éstos había algunos que venían á la iglesia los domingos; al principio, creo yo que lo hacían por mera curiosidad; mas poco á poco se fueron enterando de las verdades más claras é importantes de nuestra Santa Religión; y el año pasado por Junio se

me presentó una Comisión, pidiéndome mandara maestros ó catequistas (en caso de que yo no pudiera ir) á Tong-an, para que instruyeran á la mucha gente que en dicho punto deseaba hacerse cristiana.

Después de pensarlo mucho y examinar sus intenciones, me determiné á mandarles un catequista que fuera á probar. Fué también el Rdo. P. Fr. Juan Giralte, á quien hicieron muy buen recibimiento, y determinamos alquilar una casa, que sirviera de escuela y capilla. En Noviembre fui yo mismo á visitarlos y los encontré muy animados, y su número crecía de día en día. El movimiento, que partió de la villa, se comunicó luego á muchos pueblos; y actualmente tenemos instruyéndolos siete catequistas para hombres y tres mujeres.

¿Creerá V. R. que, á pesar de todo, no me entusiasmo?

Doy, sí, muchas gracias á Dios Nuestro Señor que, sin hacer nosotros nada, puede decirse, más que orar y esperar, sin embargo, nos presenta ocasión de predicar su Santo Evangelio donde menos esperábamos. Estos chinos son así: si nos metemos sin llamarnos á predicar *la buena nueva* en pueblos donde nunca han oído hablar de Religión, es tiempo perdido, como si dijéramos echar margaritas á puercos; y luego, sin esperarlo nosotros, ni saber por dónde les viene aquel deseo, se nos presentan pidiendo hacerse cristianos. ¿Será esto obra de la gracia? Debemos suponer que sí; pero con sentimiento tendremos que añadir: *Multi sunt vocati, pauci vero electi*; y ésta es la razón porque le digo que no es grande mi entusiasmo á pesar de ver tan extraordinario movimiento.

De tantos como actualmente están estudiando el rezo y la doctrina, ¿cuántos llegarán á ser cristianos? Yo me contentaría con sacar un diez por ciento, y esto después de probarlos mucho tiempo: el preparar familias enteras y hasta pueblos en masa para recibir el Bautismo en el espacio de algunos meses, y aun de un año ó dos, eso se queda para otros puntos; en China no puede ser. Es preciso probarlos mucho antes de aventurarse á bautizarlos. No basta ilustrarles la mente con las verdades de la Religión, es preciso formarles el corazón, y esto requiere mucho tiempo y no poca prudencia. Es raro el chino que pide hacerse cristiano por motivos puramente sobrenaturales, y por lo mismo la prudencia dicta que se debe ir despacio en bautizarlos. Además, tienen un sinnúmero de supersticiones, de las que les es muy difícil desatenderse, especialmente las que se refieren al culto de los antepasados, pareciéndoles una impiedad el abandonar dicho culto.

En el mes de Julio último pasé quince días recorriendo varias de las nuevas cristiandades, y aunque encontré bastantes al parecer bien dispuestos é instruidos, sin embargo, no quise bautizar á ninguno de los catecúmenos, por más que algunos me pedían el Bautismo con mucha instancia. Con buenas palabras les dije que más adelante; y así los voy entreteniéndolos hasta que con el tiempo y el abandono de sus usos y costumbres, poco á poco se van acomodando á vivir como cristianos. Digo poco á poco, porque parece que la gracia de ordinario obra muy despacio, y, cuando no viven

entre cristianos antiguos, como sucede en todas estas nuevas cristiandades, tardan bastante en dejar de corazón sus hábitos gentílicos. Además, la prueba del tiempo suele ser un excelente medio para separar la paja del trigo; pues, como suele haber bastantes que no buscan el cielo, sino sus intereses temporales, cuando ven que en este sentido nada pueden esperar de nosotros, luego se cansan de hacer el hipócrita, y se vuelven á su gentilismo, que nunca habían pensado dejar de corazón. ¡Cuántas veces ha sucedido que por dejarse llevar algún misionero del deseo indiscreto de hacer cristianos, después tuvo que lamentarse diciendo: *Multiplicavi gentem, sed non multiplicavi letitiam*, viendo que se le marchaban á centenares!

Lo que hasta el presente no deja de llamar la atención es que los gentiles no se meten para nada con los nuevos catecúmenos, y esto es debido, sin duda, después de la protección del cielo, al decreto que expidió el mandarin local prohibiendo que ninguno estorbara se hiciera cristiano todo el que lo deseara. Dios quiera que esto prospere, aunque sea despacio, y que tengamos el gusto de ir aumentando poco á poco el número de cristianos.

TUNG-KING

Devoción de los indígenas al Santo Rosario.—Edificante conformidad de los leprosos convertidos

El Rdo. P. Manuel Pérez, de la Orden de Santo Domingo, escribe desde Ko-cho, el 19 de Julio de 1892, á su reverendísimo Padre Provincial:

COMO ya sabrá V. R., los dignísimos Superiores de este vicariato tuvieron á bien descargarme del partido de Dao-ngan, provincia de Bac-ninh, y de los cargos anejos, del Colegio de Moral y Hospital francés de Fhi-cau próximo á la Misión de Dao-ngan, y en donde, por falta de capellán, el misionero de dicho distrito tiene la obligación de acudir á todos los enfermos de peligro, confesar á las Hermanas Hospitalarias y celebrar alguna que otra función religiosa. Fui asignado á este partido de Ke-cho en la provincia de Sontay, á donde llegué el 25 de Noviembre, fiesta de la Doctora y gloriosa mártir Santa Catalina, bajo cuya protección puse esta Misión.

Este distrito comprende en la actualidad trece cristiandades antiguas y otras dos de cristianos nuevos, de los cuales la mayor parte están ya bautizados y los demás están aún estudiando el Catecismo. Entre cristianos viejos y nuevos, son todos unos dos mil. A causa de que casi todas las cristiandades están en pueblos llamados *xoi-do*, es decir, que una parte es cristiana y otra infiel, y en especial por la falta de misioneros (pues hasta hace ahora cuatro años ningún misionero europeo estaba al frente de este partido, y sólo un sacerdote indígena cuidaba de lo que al presente son tres distritos); aun queda alguno que otro cristiano distraído desde el tiempo de las últimas persecuciones religiosas, en cuyas circunstancias algunos débiles, á fin de evitar los sufrimientos y vejaciones de los paganos, se arrojaron demasiado á la parte infiel, y poco á poco se fueron olvidando de las obligaciones que nos impone

nuestra Sacrosanta Religión, acostumbrándose, más por miedo y falso respeto que por persuasión, á las perversas y tontas costumbres y supersticiones del Paganismo. Los demás cristianos, gracias á Dios Nuestro Señor, se conservan fervorosos y muy sumisos en todo á los Mandamientos de Dios y de la Iglesia y á las amonestaciones del misionero. Como en los demás distritos de los tres vicariatos pertenecientes á nuestra Sagrada Orden, la devoción predilecta es el Rosario; muy pocos serán los cristianos que no recen todos los días el Salterio mariano completo. En las iglesias diariamente se reza en común antes de la Misa una parte del Rosario, y por la noche las otras dos partes restantes. Los sábados se reza el Rosario entero por la noche, además de la parte que se ha rezado por la mañana como en los demás días. La administración se hace dos veces al año: la primera en tiempo del cumplimiento pascual, y la segunda en los meses de Septiembre y Octubre. En las fiestas, y en especial los primeros domingos de cada mes, nunca faltan personas fervorosas y más solícitas de su aprovechamiento espiritual, que se acercan á recibir los Sacramentos de la Penitencia y Comunión.

Perteneciente á este distrito hay una leprosería de cristianos. Entre todos son al presente treinta: diez de ellos aún jóvenes, hijos de padres atacados de esta tan penosa enfermedad, están limpios, ó á lo menos la lepra no aparece por el exterior. Abandonados como están del mundo y de sus pompas y vanidades, todo su pensamiento le tienen puesto en Dios y en el cielo, que esperan como premio de haberle servido en este valle de miserias y lágrimas, y de haber sufrido con paciencia tantos y tan acerbos dolores. Tienen una pequeña iglesia ú oratorio en donde se reúnen todos los días por la mañana, al medio día y por la noche para alabar á Dios Nuestro Señor y rogar á su Santísima Madre les conceda las gracias necesarias para sufrir con paciencia sus penalidades en esta vida, y después la gloria perdurable en la patria celestial. ¡Qué gozo se recibe al verles tan conformes y tan contentos en medio de tantas penas y dolores como sufren! En verdad, se puede decir que aquel lugar, al parecer tan triste y tan abandonado á los ojos del mundo, es la casa de Dios y la puerta del cielo. Al separarme de ellos les di una pequeña limosna, y V. R. podrá figurarse lo extraño que me quedaría al oírles preguntarme si la dicha limosna la emplearían en adornar la iglesia ó la dejarían para repartirla entre ellos. De modo que más piensan en adornar su pequeño oratorio que en alimentarse á sí mismos. Y hay que observar que ellos no viven más que de limosnas, pues al presente no reciben nada del Gobierno, y les es imposible trabajar, porque la lepra les roe las extremidades de los pies y manos, tanto que á algunos ya no les queda nada de los dedos y ni siquiera la figura de manos ó de pies.

Otra cristiandad hay, llamada Cua-song, de unos trescientos cristianos, cuyos primeros fundadores estaban atacados de la lepra; mas al presente todos están libres de tan terrible enfermedad. Como no tienen campos, ni están acostumbrados á trabajarlos, se mantienen haciendo los hombres una especie de barquillas con cañas entretejidas, dándolas por el interior una

mano de *son* ó sandaraca. Las hacen con mucha perfección, y debido á la fama que tienen, las venden á muy buen precio, especialmente en tiempo de altas aguas ó de inundaciones. Las mujeres hacen con mucha destreza varias clases de pildorillas, las que venden en los mercados, en sus casas ó yendo por los pueblos, para ciertas clases de enfermedades, en especial de los niños, y de este modo las es muy fácil bautizar muchas criaturas, hijos de padres infieles, cuando les creen en peligro de muerte, y enviar todos los años centenares de angelitos al cielo. Es una cristiandad muy fervorosa y sencilla.

Los demás cristianos trabajan los campos, cultivando el arroz, maíz y muchas clases de alubias, cuyo grano es más pequeño que el ordinario de España. Aunque en todo el partido no hay casi ningún pobre menesteroso, pero tampoco hay muchos ricos, y tienen que ganar su sustento con muchísimo trabajo. Se suele decir que esta provincia es muy fértil, y yo así lo creo, pero á causa de las inundaciones casi anuales, de las grandes contribuciones cada día más pesadas, y de las cargas comunales, como arreglo de diques, caminos, etc., etc., este país es muy pobre en general. Y ya que he nombrado los diques, me parece bien añadir aquí, que según mi pobre opinión, es la carga más pesada y lo que más daño hace á los tunquinos. Después de estar trabajando en ellos para arreglarlos por espacio de tres ó cuatro meses, rarísimo es el año que no se rompen por muchas partes; y entonces no sólo no sirven de provecho, sino que causan muchísimos perjuicios, pues impiden que el agua baje pronto, entrando en los ríos, teniendo de consiguiente que sufrir en muchos lugares la inundación por espacio de dos ó tres meses, no pudiendo plantar el arroz ó tener que hacerlo demasiado tarde, y en consecuencia perder toda ó la mayor parte de la cosecha. En este año se han roto muchos diques, y estamos en casi todas partes inundados.

Sobre conversiones hacia nuestra Sacrosanta Religión, aun no se ve mucho movimiento en este partido. La dificultad no está en que estos paganos crean mucho en sus ídolos, espíritus tutelares, etc.; sino en que estos tunquinos son muy poco pensadores de lo que está lejos de sus ojos, y principalmente en la especie de vida patriarcal en que viven todos los pueblos; de modo que si los principales no se convierten, es muy difícil que los demás lo hagan, así como si los mayores de los pueblos abrazan la Religión, todo lo demás es muy fácil. La conversión de los notables es muy difícil, pues en general les gusta comer y beber de lo ajeno, lo que no podrían hacer siendo cristianos, y además que suelen estar enredados con otros muchos impedimentos, como por ejemplo, tener dos ó tres mujeres ó fumar el opio.

El estado político del Tung-king se encuentra mejor que antes, y el país está mucho más tranquilo que en los años anteriores. Esta provincia de Son-tay está al presente toda en paz, y no se habla ya de *giac* ó de *pirates* como les llaman los franceses. Mas es muy difícil creer que esta tranquilidad sea estable en el Tung-king con esta mezcla de administración francesa y anamita, de Colonia y Protectorado; porque como es sabido, estos mandarines con su conjunto de famélicos saté-

lites, lo que desean es llenar los bolsillos de plata, sin pensar en que el pueblo padezca y llore; y las Autoridades francesas, muchas inexpertas, sin el conocimiento de la lengua y de las costumbres del país, no siempre aciertan en todo, aun teniendo el mejor fin. Y bien cierto es, que á un pueblo oprimido hay que temerle.

ZANGUEBAR SEPTENTRIONAL

A través del país de los uataitas

La siguiente carta dirigida al Ilmo. Courmont por el Rdo. Padre Mevel, superior de la estación de Nuestra Señora de la Esperanza, de Bours, fechada el 28 de Marzo de 1893, es la historia de la fundación de una nueva residencia entre el Kilima-Ndjaró y Mombaza, que por su situación está llamada á desempeñar un gran papel en la obra de la evangelización del Zanguebar inglés.

EL paso frecuente de las caravanas de uasuabilis que desde Mombaza se dirigen al país de los masaias para comprar marfil, avestruces, jumentos y cuernos de rinoceronte, no sólo ha encarecido el

boles y transportarlos á la Misión. Así una mañana, acompañado de dos niños y de un antiguo hechicero convertido por el P. Flick, subí á las alturas de Bura para invitar á los uatactas á traer, como antes, los víveres que necesita la Misión.

Alentado por la cordial acogida de aquellas buenas gentes, que prometieron venir á vendernos el producto de sus campos, fuí adelante, deseoso de ver y estudiar el país, y sobre todo de trabar conocimiento con los uataitas, que ocupan la vertiente opuesta de las montañas, sometidos á la dominación de un jefe distinto de nuestro Bagoli.

Al llegar al pie del pico que los indígenas designan con el nombre de Ialé, todos me rodearon preguntándome:

—Mi Pera, mi Pera ¿dónde vas?

—Voy más lejos á pedir á otros uataitas los víveres que vosotros no nos traéis.

Entristeciéronse al oír esto, y me hicieron mil ofrecimientos. Diciendo luego á todos *kuahari* (adiós), empezamos á subir la cuesta del Ialé.

Pronto llegamos al país de Mkangüe, jefe á quien nun-



Niña y mujer ainas

Sakaririk, traductor del primer
Catecismo en aino

Mujer aina

JAPÓN.— Algunos tipos ainos. (Pág. 469)

precio de los comestibles en el Taita, sino que los ha hecho sumamente escasos.

Poco menos que agotadas nuestras provisiones, y no bajando de los montes ni un mtaita que nos trajese sus productos agrícolas á cambio de telas y rocalla, nos veíamos apurados para alimentar á nuestras gentes de Bagamoyo, que trabajaban todo el día en derribar ár-

ca había visto, pero que tiene fama de ser el hechicero más notable de estos contornos. Hicimos alto para contemplar el nuevo paisaje que se ofrecía á nuestros ojos: una vasta llanura esmeradamente cultivada, con lindas aldeas á ciertas distancias, y encerrada entre angostos desfiladeros de montañas abiertas sólo por un lado, para dejar entrever la modesta cordillera del Ukamba,

Esta nueva comarca me interesaba tanto más cuanto me habíais comunicado vuestro intento de instalar una estación por esta parte.

Al llegar á una aldea el jefe de ella me recibió muy bien, y le hablé de trabar relaciones de amistad; que podía venir á la Misión á vender comestibles, y enviar sus niños para que les instruyésemos, á lo que añadí algunas palabras de Catecismo. El jefe y su séquito me escuchaban con la boca abierta, cuando tres hombres, armados de lanzas, salen bruscamente de una espesura y se precipitan sobre mi hechicero y mis dos niños. Temiendo iban á jugarles una mala partida, fusil en mano me interpose entre mi hombre y sus agresores, á quienes intimé que diesen explicación de su extraña conducta. Pronto nos hallamos rodeados de centenares de curiosos, atraídos de todas partes por el tumulto. Cruzáronse palabras vivas: el indígena que me acompañaba, fuera de sí, se revolvía desesperadamente; los niños, temblando de miedo, se asían de mi sotana (*V. el grabado de la pág. 468*), y el jefe, furioso, lanzaba mil imprecaciones: el tumulto era indescriptible. Impuse silencio, y obligué al jefe á que me dijese de qué se trataba. Contestóme que se reprochaba al hechicero, mi guía, el crimen de haber introducido al hombre blanco en el país.

Tomé entonces un cartucho, y dije al jefe:

—Si toda esta gente no se marcha en seguida, hago estallar este cartucho.

Saqué un fósforo, y al momento cada cual desapareció por su lado, dejándome solo con mi hechicero, los dos niños y el viejo jefe, que temblaba junto á su choza, y me preguntó qué podía ofrecerme que me fuese grato. Rehusé sus regalos, y exigí solamente que me acompañase hasta el límite del distrito: allí le dije:

—Vuélvete, y di á Mkangüe que el blanco deseaba verle, pero que sus hombres le han rechazado y querían quitar la vida á sus niños: los nombres de sus súbditos, escritos en letras gordas, serán llevados á la costa: ¿qué sucederá después? El tiempo se lo dirá.

Luego nos separamos.

Mi pobre guía estaba pálido, y los niños temblaban aún. Como no había comido nada desde la mañana, les dije que se detuviesen para cocer algunas patatas; pero replicaron:

—Vayamos pronto á la Misión, y allí comeremos tranquilos.

Hondo pesar sintió mi corazón viéndome rechazado por este pueblo, á quien amaba aun antes de conocerlo, y por un instante se apoderó de mí el desaliento.

Hay instantes en que el misionero se siente tan pequeño y débil ante la sublime, pero tremenda carga del apostolado, que parece retrocedería si Dios no le sostuviese y consolase.

Dígnese Nuestra Señora de la Esperanza alcanzarnos la transformación de estos corazones endurecidos, y hacerlos aptos para recibir las luces de la fe. Así lo espero, pues nunca se invocó en vano á la celestial Señora, como lo prueba una vez más lo que voy á referir.

Cierto día al anochecer, cuando volvía de cuidar y administrar el Santo Bautismo á un enfermo en peligro de muerte, vi de pronto algunas cabezas que aparecían

y desaparecían sucesivamente en las altas hierbas. En vano grité: ¡Quién va! pues no obtuve respuesta alguna, y así sospeché que eran hombres emboscados á cierta distancia. ¿Qué querían y qué aguardaban?

Continué mi camino, volviéndome de vez en cuando para observar lo que ocurría, y vi un pelotón de hombres armados con lanzas, arcos y flechas que seguían mi dirección. Cuando me detenía, deteníase también la banda, y cuando andaba, me seguía. Esta escena me sorprendió desagradablemente, y queriendo conocer su desenlace, me aparté del camino y ocultéme tras un grupo de árboles, donde me senté en una roca, rezando el Rosario y aguardando con alguna inquietud. Pronto se presentaron los salvajes, y rodeáronme sin decir palabra.

—¿A dónde vais? les pregunté.

—Venimos en tu busca.

—¿Qué queréis de mí?

—Verte y hablarte.

Reconocí á los hombres siniestros de Mkangüe, y me creí perdido.

—Ya os reconozco, les dije: quisisteis matar á mis niños, y ahora venís para quitarme la vida á mí, que no tengo más que este bastón.

Y tomando mi Breviario, añadí:

—Bien veis que este libro es pequeño, pero contiene muy grandes cosas. (*V. el grabado de la pág. 469*).

No tuve tiempo para decir más: cada uno de los presentes dejó en el suelo su arco y flechas, y el más anciano me dijo:

—Has venido á nuestro encuentro como amigo, y nosotros te hemos rechazado como si fueses enemigo; confesamos nuestra falta. Así el jefe Mkangüe nos envía para que te digamos que quiere vivir en paz contigo y ser amigo tuyo: por esto de positamos á tus pies nuestros arcos y flechas.

—Dios ha trocado vuestros corazones, y cuando le conozcáis mejor, cambiará también vuestras almas. Tomad vuestros arcos y flechas, y servíos de ellos, no para hacer la guerra á los hombres, sino contra las bestias del desierto. Decid á vuestro jefe que venga á la Misión, y nos traiga á su hijo para que le instruyamos, y enseñe luego á su padre la Religión del Señor del cielo.

El más anciano lo prometió todo; y luego, á la luz de la luna, la banda se marchó regocijada á dar la noticia á su viejo jefe. Este, según después he sabido, se retiró tres días á una cueva, en lo profundo de un barranco, donde consultó las entrañas de un macho cabrío.

¡Dígnese Nuestra Señora de la Esperanza coronar la obra que tan felizmente ha comenzado!

BRASIL

Fiestas populares del Rosario

El Rdo. P. Berthet, de la Orden de Santo Domingo, misionero en el Brasil, escribe la siguiente relación, que leerán con interés nuestros lectores:

La fiesta del Rosario, que se celebra ordinariamente al día siguiente de la de Pentecostés, es sin duda alguna, después de ésta, la principal fiesta popular del Brasil.

Blancos y negros profesan á Nuestra Señora del Rosario una devoción filial. Raras son las antiguas villas y pueblos donde no se encuentre una iglesia bajo esta advocación. En los puntos donde estaba más acentuada la distinción de razas había iglesia de negros é iglesia de blancos.

Y hay que hacerlo constar, la capilla de los esclavos no cedía en nada á la de sus señores, y todavía se puede afirmar, sin incurrir en exageración, que le era superior en todo: en proporciones, en riqueza, en arquitectura, y especialmente en el concurso de los pueblos, que era su más precioso ornamento.

Tratados los negros frecuentemente como bestias de carga, no teniendo libre más que el domingo, empleaban este único día de libertad en trabajar para procurarse vestidos, que les negaba la avaricia de sus dueños, y en buscar un poco de oro para levantar á su celestial Protectora iglesias de piedra en un país donde sus mismos señores las hacían construir de tierra. Sin desanimarse, reunían sus esfuerzos y sus módicos recursos para hacer obras que no osaban emprender los ricos propietarios, sus amos.

Las ruínas de estas iglesias, que los blancos no han sabido siquiera conservar, están allí para testimonio de su fe y de su tenacidad en el trabajo, y si hemos de dar crédito á la leyenda ó á los pocos que sobreviven de aquella raza heroica y creyente, las primeras piedras de estos edificios se sentaban sobre una capa de polvo de oro.

Está tan arraigada y tan viva la devoción del Rosario en el corazón del pueblo, que en todos sus apuros acude al momento á Nuestra Señora, seguro de que nunca se la invoca en vano, y le hace promesas costosas.

Todos llevan al cuello un rosario, que toman en las manos no sólo para rezarlo, sino también como señal de salud y testimonio vivo de su fe. A lo menos en el campo, cuando se confiesan, casi todos se presentan al santo tribunal con el rosario en la mano, y después de haberlo piadosamente rezado durante la vida, lo llevan consigo al sepulcro.

Hasta los mismos que blasonan de incrédulos no se desprenden del rosario que una madre piadosa les puso al cuello en la infancia ó en la hora de la despedida; lo conservan como piadosa reliquia y lo llevan como precioso talismán.

Antiguamente, un rosario de oro formaba parte indispensable de un regalo de boda, y aun hoy gustan las mujeres adornarse con él en los días de gran solemnidad.

Esta devoción es, no obstante, la devoción particular y privilegiada de los negros. En un país donde la división de castas estaba basada en los colores y en la posición social, los blancos se reservaban el imperio del Espíritu Santo, y dejaban á los negros el reino del Rosario.

Pero ¿qué origen tuvo entre ellos esta elección de Nuestra Señora del Rosario por Patrona? ¿Cómo la invocan bajo este título? Si hasta en las devociones estaban obligados á obedecer á sus señores, ¿cuál fué la causa de que estos últimos les hayan señalado esta Patrona?

Cuestión es ésta que no hemos podido dilucidar.

Un orador (si es que son autoridad en materia histórica) pretende que los negros han elegido á Nuestra Señora por Patrona, porque tenía como ellos la tez cobriza y hasta negra. Y para probarlo recurre á aquel texto de los Libros Santos que se aplica á la Santísima Virgen: *Nigra sum, sed formosa*: «Soy negra, pero hermosa.»

La gran fiesta del Rosario va precedida de una novena cuyo ceremonial es poco más ó menos el mismo que el del *triduum* preparatorio para la fiesta de Pentecostés. Cohetes, petardos, música, iluminaciones, nada falta, ni el toque de Maitines, que no se rezan nunca, pero cuya señal se hace invariablemente á las diez de la noche, según la antigua costumbre. Sin embargo, la víspera de la fiesta se modifica el ceremonial.

El rey y la reina del Rosario, escoltados del rey del Congo, deben hacer su entrada solemne en la capital, recibir la corona y asistir al *Te Deum* solemnísimos que precede á la novena, y que se termina invariablemente al *Sanctus Dominus Deus Sabaoth*.

La imaginación popular hace venir á estos personajes de un largo viaje ó de una partida de caza. En este último caso, se toma la caza por la mañana en la carnicería, y después de haberla convenientemente sazonado, la llevan, con abundante provisión de bizcochos, vino y aguardiente, á algunos kilómetros del lugar, á la pintoresca y sombría orilla de algún arroyo, para allí darse cita á una formidable caza... en el plato, los amigos del rey y de la reina.

Cuando comienza á difundirse la alegría por los rostros y á deslizarse las lenguas, marchan los lacayos, grotescamente disfrazados, á recorrer las calles, divirtiéndose al pueblo con graciosos dichos, y preparándole para la venida de los reyes.

Luego llegan los bagajeros, conduciendo delante de sí buen número de mulas y caballos cargados con el equipaje de la reina, y detrás vienen los bueyes destinados, según la leyenda, á ser sacrificados en el festín del día siguiente.

• Finalmente, á la caída de la tarde aparecen sus majestades. Debieran ser negros, de color de ébano; pero como tiende á desaparecer este color, y por otra parte los que lo tienen no cuentan siempre con recursos suficientes para sufragar los gastos de la fiesta, ó á lo menos los gastos de su vestuario, se admiten personas de color menos oscuro, hasta las de color de café con leche.

El cortejo real se compone de negros que abren la marcha cantando, luego vienen los pajes y las damas de honor, todos de á caballo; después un número considerable de caballeros que hacen caracolear sus corceles al rededor de sus majestades el rey y la reina del Rosario y el rey del Congo, rey de los negros.

Antiguamente las damas de honor eran jóvenes esclavas, que se adornaban este día con sus más hermosos vestidos blancos y con joyas preciosísimas que para el caso les dejaban sus señoras.

A las veces el corcel de las damas no corresponde á la importancia de su papel, y los lacayos para animarle dan grandes latigazos, no con pequeña diversión del público, que estalla de risa, cuando cansados los lacayos de golpear al animal, lo cogen por la cola y lo ha-

cen estarse quedo, para dajar pasar el cortejo, volviendo á torturarle después con nuevo brío hasta que el caballo, para escapar de su verdugo, reconcentra todas sus fuerzas, llevando en su precipitada carrera á la pobre dama de honor, que si orgullosa con sus adornos, no va menos avergonzada de su cabalgadura,

Llegados á la puerta de la iglesia, el rey y la reina echan pie á tierra, besan de rodillas el crucifijo que les presenta el sacerdote, y reciben de su mano la corona, agua bendita é incienso. Van acto seguido á ocupar el trono que les está preparado en el santuario, y asisten al *Te Deum* y á la novena. Después se dirigen al palacio, donde comienza una fiesta que no termina sino con la noche.

Al día siguiente, muy de mañana, empiezan los negros á recorrer las calles con un traje bastante pintoresco: zapatos planos ó sandalias, medias blancas, calzón corto, casaca y por remate casco de cartón adornado con plumas de avestruz; espejo de á cinco cuartos sobre el casco ó sobre el pecho, papel dorado ó de color sobre las costuras, y cinta encarnada arrollada en forma de espiral sobre las medias. Casi todos llevan un instrumento de música indio ó africano en las manos; panderos, atabales y *causal*.

Aliñados con semejante traje, recorren las calles ejecutando danzas que se han transmitido de generación en generación.

Al segundo toque para la Misa se deja oír la música: se dirige primeramente á la casa de los jueces de la fiesta para conducirlos, al són de alguna danza, hasta la puerta de la iglesia. Este armonioso acompañamiento vale á los músicos un ligero refresco, más una gratificación de veinte á cincuenta pesetas.

Los jueces, hombres y mujeres, son escogidos de antemano por el procurador de la fiesta, ó se hacen inscribir como tales por haberlo prometido á Nuestra Señora en reconocimiento de algún beneficio obtenido, y son publicados sus nombres el día de la fiesta en la Misa solemne. Su número es considerable, treinta ó cuarenta algunas veces.

Su insignia es una varita de plata ó de madera con adornos. Llegados á la puerta de la iglesia depositan una limosna sobre la mesa preparada al efecto. Los dignatarios de la Cofradía están allí para recogerla, dando en retorno á los jueces de la fiesta un rosario blanco y negro.

Al último toque de la Misa aparecen á lo lejos el rey y la reina, precedidos de los negros, que ejecutan ante sus majestades la danza del Congo. Como corresponde á tan altos personajes, caminan lentamente, dejando al público tiempo suficiente para admirar las sabias evoluciones de los negros. A la puerta de la iglesia el rey y la reina besan el crucifijo, y reciben de nuevo agua bendita é incienso.

Desde lo alto de su trono oyen la Misa, el sermón de costumbre, y la proclamación de los nombres de sus sucesores y de los jueces para el año siguiente.

Después de la Misa representan los negros, de vez en cuando, algún pequeño drama, que quisiera reproducir, pero que no me ha sido posible hallar entero. Es declamado en lengua semi-portuguesa y semi-africana.

Trata este drama de una guerra entre dos tribus

africanas. Aparecen primeramente unos embajadores, quejándose amargamente de los procedimientos de sus enemigos y pidiendo reparación de honor; pero como no se les quiere oír ni menos hacer justicia en sus alegadas quejas, concluyen por declarar la guerra, seguros de la victoria, porque tienen puesta toda su fuerza y confianza en Nuestra Señora del Rosario. Las tribus tienen un encuentro, alcanzando la victoria aquellos cuyos derechos habían sido lesionados, y se atribuye el feliz éxito de la guerra á Nuestra Señora del Rosario, proclamándola Reina y protectora de la tribu.

Concluida la fiesta religiosa, da principio la cívica, que apenas si se interrumpe un momento para dar lugar á la procesión de la tarde.

Estas fiestas populares tienden á desaparecer, y si no fuera por la devoción de algunos fieles que espontáneamente, ó en acción de gracias por algún favor especial, se ofrecen á ser rey ó reina del Rosario, en muchas localidades hubieran desaparecido por completo.

Para terminar esta corta relación, séanos permitido citar las palabras que profería un Obispo al publicar las Letras encíclicas de Su Santidad León XIII sobre el Rosario:

«Alabada sea la Virgen del Rosario. Cada día paga á los pobres negros el constante y filial tributo que le consagran.

«En el intervalo que separa dos de las fiestas especialmente dedicadas por la Iglesia á dar gracias á la Virgen María por su intercesión en favor de la humanidad (Nuestra Señora de la Merced y Nuestra Señora del Rosario), apareció el sol de la libertad que sube majestuoso y tranquilo hasta el zénit del cielo social del Brasil. (Alusión á la ley que declaraba libres los hijos de esclavos). Esperamos que pronto inunde de luz todo el horizonte del imperio de la santa cruz.»

Esta esperanza ha pasado á ser una realidad.

Plegue á Dios que los esclavos negros, que solicitaban tan ardientemente de Nuestra Señora del Rosario el beneficio de la libertad, no se olviden de Aquella que les ha conseguido este beneficio por tanto tiempo esperado y tan ardientemente deseado.

LA MISIÓN DEL NAPO

II

Prosperidad de las tres Residencias del Napo.—Mensaje de García Moreno al Congreso de 1873.—Satisfactorio informe del Vicario apostólico á las Cámaras en 1875.—Nueve mil salvajes evangelizados.

No se habían cumplido tres años desde que se instaló la Residencia de Gualaquiza, y aunque ya tenía iglesia capaz y bien paramentada, y con ella una escuela para niños, hubieron de retirarse los Padres, porque el Supremo Gobierno decidió retirar la fuerza armada que los custodiaba, y sin cuya protección la vida de los misioneros quedaba á merced de los salvajes jíbaros, que habían intentado hacer repetidas irrupciones. De acuerdo, pues, con las dos Autoridades eclesiástica y civil, se trasladaron los misioneros á otro lugar que, sin ofrecer los mismos peligros, prometía y



JAPÓN.—Cabaña aina é indígenas de Edomo. (Pág. 469)

dió más copiosos frutos. Pero antes de pasar adelante, dejemos también consignado que si, como se había dispuesto en el segundo Concilio Provincial, no ocuparon desde un principio los Padres de la Compañía el cuarto punto designado, que era Zamora, localidad confinante con la provincia de Loja, fué porque en aquellos días precisamente las tribus bárbaras de los alrededores andaban alborotadas y se habían ensangrentado con varias matanzas. Se juzgó, pues, y no se juzgó mal, aun por el Gobierno eclesiástico y civil, que la ocasión no era oportuna, y hubo de suspenderse el viaje, para no comprometer imprudentemente la vida de los misioneros.

Trasladados éstos á Loreto, centro de un núcleo de pueblos al N. E. de Archidona, y á tres ó cuatro días de distancia, quedó establecida la segunda estación, y no mucho después (en 1874) se agregó una tercera en el pueblo de Napo. Concentradas así las fuerzas de los misioneros y ocupados los puntos principales, que fueron como focos de acción, dijo de ellos el Presidente en su Mensaje á las Cámaras de 1873: «En las orillas del Napo á donde se trasladaron, con aprobación del Gobierno, los misioneros que inútilmente permanecían en Gualaquiza, penetra de un modo admirable la civilización verdadera, la civilización de la cruz; y las escuelas fundadas por el apostólico celo de los infatigables hijos de la Compañía de Jesús, preparan para esas comarcas, ricas pero salvajes, días de luz y prosperidad.» «El estado de la Misión es floreciente y ofrece un hala-

guño porvenir,» añadió el Ministro. Y ese porvenir halagüeño se hubiera realizado sin duda, á no perecer con García Moreno, el protector insigne de las Misiones, las esperanzas que tan prósperos principios habían hecho concebir. Pero no adelantemos las fechas, y veamos lo que sucedió en los dos años subsiguientes. No podríamos hacer mejor la verídica narración de los progresos del vicariato en esos dos años, que publicando íntegro el informe del Superior de las Misiones al Congreso de 1875. Saboréenlo nuestros lectores, que no tiene desperdicio, y da una idea cabal de lo que en ese primer quinquenio se había hecho y de lo que, con más amplios elementos, se podía y debía hacer en lo material y en lo religioso, para conseguir plenamente el fin de las Misiones. Dice así, con fecha 15 de Marzo de 1875:

«Según tuve el honor de exponer á US. H. con ocasión de la anterior reunión del Cuerpo Legislativo, ya desde entonces el Supremo Gobierno había juzgado oportuno que por el momento se concentrasen los misioneros hacia la parte del Napo, conservando no obstante el cuidado del reducido recinto de Macas.

«Quedaron, por consiguiente, las Misiones como divididas en dos partes, aisladas entre sí por las tribus más perversas de jíbaros, mezcla de bárbaros y de cristianos, ó mejor dicho, cristianos en otro tiempo y hoy día apóstatas de su fe, los cuales infestan el extenso territorio que pudiera servir de comunicación entre Macas y Canelos. Semejante aislamiento, al paso que obliga á

los Padres de Macas á emplear sus incesantes fatigas en un campo reducidísimo de 300 personas, y con menos fruto que el que pudiera alcanzar su celo en puntos más poblados, les hace al mismo tiempo más penosas sus tareas, teniendo que entenderse con el Vicario apostólico con la dilación y dificultad que puede suponerse, sabiendo que sus correos tienen que dar una inmensa vuelta por Riobamba y Quito.

«La parte de Macas sigue siempre progresando, aunque en la pequeña y forzosa escala que permite su reducida población civilizada; pues varias tentativas peligrosas han acabado de confirmarnos que esas tribus sanguinarias de jibaros que la circundan, se niegan obstinadamente á la luz por no verse obligadas á corregir sus corrompidas costumbres. La escuela de niñas continúa á cargo de dos señoras que con infatigable celo se consagran á la formación de sus dóciles corazones. La de niños, á cargo de los dos misioneros, ofrece igualmente para el porvenir, en algunos de los discípulos, futuros auxiliares que evangelizarán á sus hermanos; ya entre ellos hay varios suficientemente instruidos en las primeras letras y la aritmética, de despejada inteligencia para ulteriores estudios, y que bajo la dirección de los Padres empiezan á aprender los rudimentos de la lengua latina, y asistir á una escuela de música y de canto.

«A pesar de estos progresos de Macas, la parte del Napo es la más importante en el actual estado de cosas, y en la que los trabajos de la civilización cristiana pueden obtener mayor desarrollo y más seguros y abundantes frutos. Paso á dar los datos que juzgo de mayor interés para formarse concepto de su situación.

«En el territorio del Napo que, como todos saben, comprende las dos antiguas provincias de Archidona y Avila, hay al presente una población cristiana de unas 9,000 almas (1), repartida en dieciocho centros, que se llaman pueblos, aunque como la mayor parte de los de su especie en las montañas, no tienen ni con mucho la formalidad de tales. Los de mayor importancia al presente son Archidona con más de 2,000 almas y Loreto con más de 1,500, ambas con residencia permanente dos misioneros en cada una; los pueblos restantes son visitados y misionados por otros tres Padres que los recorren en el discurso del año.

Hemos edificado hasta el presente nueve iglesias, de capacidad proporcional á las poblaciones: las de Archidona y Loreto son de tres naves, de madera incorruptible; con un atrio ó galería al rededor de más de cien varas de largo. Ambas están adornadas de buenas estatuas y provistas de ornamentos decentes y de campanas. De la misma forma, aunque más pequeñas, son las del Tena, pueblo del Napo y Aguano, á las que siguen las de Santa Rosa, Coca, Suno y Payamino. Actual-

mente se está levantando otra en Avila, que será como las de Loreto y Archidona.

«Pero para no hablar de cada uno de los pueblos básicamente detenerme en uno que sirva como de ejemplo, y en cuyo examen sea fácil hacerse cargo del actual adelanto de los trabajos ejecutados, sin perjuicio de reconocer sus graves defectos para excogitar sus correspondientes mejoras en lo sucesivo. El pueblo en que me fijo es Archidona.

«Y ante todo, sus 2,000 pobladores pueden llamarse nominales; pues están diseminados en pequeños grupos de familias, en una extensión de varias millas de terrenos entrecortados por ríos, llenos de atolladeros y de impenetrables matorrales. Cada familia cultiva su campo, y se ocupa en los trabajos de la pesca, de la caza, de la elaboración de la pita y, si se le contrata especialmente, en la busca de la cascarilla. Esa población se reúne, sin embargo, cada sábado al rededor de la iglesia y casa del misionero, que es el centro y da nombre á la población, y allí los individuos agrupados permanecen esa tarde y la mañana del domingo. La reunión da lugar á un pequeño mercado, y cada uno de los jefes de las capitanías ó grupos en que se ha distribuido la población, da cuenta al misionero de las novedades ocurridas en el curso de la semana. En tales juntas se celebran de ordinario los bautismos, y se dirimen las querellas. El domingo se dice la Misa, se canta la doctrina, siguiéndose la explicación del Catecismo, y concluyéndose con el recuento general del pueblo. Antes de medio día los adultos se retiran á sus apartados *tambos*, de donde no volverán hasta el sábado ó fiesta próxima.

«He dicho que los adultos se retiran hasta otra reunión general; no así los niños y las niñas. Para ambas clases hay estudio de doctrina, y para los varoncitos escuela diaria. Más de 100 son las niñas que acuden cada día á la doctrina en Archidona, si bien es verdad que se les entretiene lo menos posible en el pueblo, es decir en la iglesia, porque sus ignorantes é impróvidos familias se quejan, como si con esto perdiesen sus intereses domésticos, á los que, apenas nace, debiera la triste niña sacrificarse por completo. Esta idea, que no deja de existir, aun en pueblos menos incultos, da lugar á muy graves dificultades. La mayor parte de los niños viven constantemente al lado de los Padres y duermen junto á la iglesia en un local destinado al efecto: ellos son la esperanza positiva de la Misión, cuya prosperidad anuncian con su buen comportamiento y aplicación, que unida á un carácter dócil permite se les maneje casi con la regularidad de un colegio en una ciudad civilizada. Hay actualmente 217 en Archidona, á pesar de los estorbos también frecuentes de sus familias.

«Con este motivo es necesario observar una diferencia completa de carácter entre los indios envejecidos en sus costumbres nómadas y las generaciones que hoy se levantan: los ancianos, á pesar de la sumisión exterior, y aun en ciertos casos con muestras de exagerado servilismo; á pesar de sus comedimientos, y de los agasajos que harán al misionero en momentos de placer en medio de una de sus fiestas populares, conservan en su interior, y dado el caso manifestarán, ocultos pensa-

(1) Nos parece, para la fecha de 1875, algo exagerada esta cifra, á no ser que se incluya en ella la población de Canelos y los dos ó tres pueblecitos de su circunscripción, que todavía formaban parte del vicariato del Napo. Sobre la población de la región oriental se han hecho cálculos fantásticos, completamente destituidos de fundamento. Los que nos parecen más fundados no la hacen subir á más de 20,000 habitantes en todo ese extensísimo territorio, incluyendo la parte cuya posesión se disputan actualmente las dos Repúblicas del Ecuador y el Perú; y aun esos irán disminuyendo, sobre todo con las exacciones violentas de los caucheros.

mientos y mal intencionados instintos, opondrán una calculada y tenacísima resistencia á los planes del Padre á trueque de salvar su vida independiente y ociosa, sin ceder sino á palmos el terreno. Los niños, al contrario, son sinceramente cariñosos é inocentes, y su educación al lado de los misioneros es lo único que podrá formar seres que no se embrutezcan á su vez con los instintos salvajes de sus padres. Esos pobrecitos leen, escriben, hacen las operaciones elementales de aritmética, traducen del español al quichua; y más de 100 descuellan notablemente por su aplicación y adelanto. Como muestra llevé en mi último viaje á Quito dos indiecitos que mostraron su letra, leyeron en voz alta el libro que se les presentaba, traduciendo algunos párrafos á su lengua sin embarazo, á pesar de estar delante del ilustrísimo señor Arzobispo y de otros personajes notables de la capital. La escuela de Loreto, con 198 niños, produce iguales resultados, que pronto se extenderán á otros puntos. Hay reunidos 72 niños para la escuela que dentro de poco abriremos en el pueblo del Napo.

«Para que sirva de base á la primera enseñanza de traducción recíproca de su lengua y de la castellana, y al mismo tiempo al estudio de la doctrina cristiana, hemos impreso un cuadernito, que contiene las principales oraciones, ó el texto del Astete, junto con un compendio y pequeño Catecismo. Espero que estas pocas páginas serán el punto de partida de más extensos trabajos, que se irán publicando según lo exija el estado de estas nacientes poblaciones (1).

«Fuera de velar sobre las escuelas y dirigir las prácticas semanales de todo el pueblo, el misionero discurre por toda la extensión de lo habitado en un inmenso círculo al rededor de la iglesia, visitando á moribundos, ancianos é inválidos: y no recuerdo que en todas nuestras Misiones haya muerto un solo párvulo sin bautismo. Pudiendo además afirmarse que no queda privado de los Sacramentos, sino el que de vez en cuando se empeña en los dilatados viajes, de que tanto gustan los indios.

«Para completar esta pequeña noticia de las poblaciones del Oriente, añadiré que para ir preparando una base sólida á la formación de bienes del común, y ofrecer un halago á los indios para reducirlos á poblado, he introducido últimamente unas 50 cabezas de ganado, visto el buen éxito de las 8 ó 10 que habíamos traído al principio por ensayo: desgraciadamente, casi la mitad ha perecido por las terribles dificultades del tránsito.

«Pero esta es la ocasión oportuna, H. señor Ministro, de consignar aquí lo que aleccionados por la experiencia, y conocedores de la índole de los indios, creemos necesario exponer al Supremo Gobierno sobre las necesidades urgentes de que se resienten las Misiones.

«*Caminos.*—Y en primer lugar, las Misiones se hallan aisladas de los centros de población de la República, separados por distancias que el misionero tiene que atravesar en peligrosa soledad, á pie y con riesgo aun de verse interceptado y perecer entre dos caudalosos

ríos, sin poder regresar ni dar un paso adelante. El comercio é introducción de cualquier artículo para el bien de los indios es difícilísimo, y en ciertas épocas del año absolutamente impracticable. Urgentísima es, pues, la necesidad de caminos, sobre todo de Riobamba á Macas, y de Quito por Papallacta y Baeza hasta Archidona. En el día, de Quito se va con más ó menos dificultad á Papallacta á caballo; de Papallacta á Baeza con indecible trabajo por sendas intransitables, á pie y en tres jornadas (1); también es camino de á pie el restante, que es de seis días hasta Archidona.

«Pero no me hago ilusión, lo que ahora se necesitaría sería un camino de herradura, en cuanto fuese necesario para dar seguridad y facilidad al acceso de las Misiones, y para proveer de lo indispensable á esas poblaciones. Por lo demás, esos caminos no ofrecerían muy ciertas dificultades, especialmente de Riobamba á Macas, por donde no hace un siglo transitaban las caballerías. El de Quito á Archidona necesitaría de dos grandes puentes (2); pero éstos, por la abundancia y solidez de las maderas que hay cerca, podrán construirse y renovarse por los mismos indios.

«Abierto el camino de herradura hasta Archidona y Macas, se debería tomar una providencia seria y decisiva para unir Macas con Canelos, como lo estuvieron antiguamente, con un camino de ocho días, según tradiciones fundadas; luego pensar con toda actividad en los caminos del interior de estas provincias, cuyas poblaciones en su mayor parte están casi incomunicadas, si no es por peligrosas veredas ó por ríos que hay que bajar ó subir, á veces durante largos días. Pueblos hay á los que no puede llegarse sino vadeando diez ríos caudalosos.

«*Pueblos.*—Lo arriba dicho sobre lo diseminado de las familias, y del sistema total de poblaciones, acaso el mejor posible hasta la fecha, hace tropezar con más graves inconvenientes; por lo que los misioneros, lejos de contentarse con este estado de cosas, como muchas personas que se imaginan ser eso lo sumo del adelanto, al tratarse de los indios, ven por el contrario un inmenso vacío que llenar, si se quiere la sólida prosperidad de las Misiones.

«Pero el vivir aisladas las familias en sus solitarios *tambos*, en medio de los bosques, á largas distancias de la iglesia y de la casa del misionero, mantiene el amor á la vida semisalvaje é independiente que es el vicio radical de estas tribus; é impide al mismo tiempo, por el ningún roce entre ellos mismos, la cultura de maneras, el buen ejemplo que sostendría las buenas costumbres, y la mayor unión y amor mutuo entre sí y con los misioneros.

(1) Hoy se va en menos tiempo después que, en lo meses de Diciembre de 1879 y Enero, Febrero y Marzo de 1880, bajo la dirección de uno de los misioneros, el P. Guzmán, se rectificó y mejoró el camino en gran manera, á costa del Gobierno. De Baeza á Archidona han ido á veces los misioneros en cuatro días y aun en tres y medio. La distancia de Quito á Archidona, según Wiener que midió exactamente, no llegó á treinta leguas. Querer buscar vía más corta en esa dirección, nos parece despropósito, desde que exploraciones de los antiguos misioneros y recientes averiguaciones han hallado que la del Pedregal es impracticable, y que las faldas del Antisana están llenas de tembladeras.

(2) Los puentes están ya preparados, merced á la diligencia del Rdo. P. Gaspar Tovia. Son de acero de los llamados *colgantes*, y han costado, puestos en Quito, 2,831 sucres.

(1) Actualmente se está preparando para la imprenta un pequeño volumen, que contendrá: Cartilla, Catecismo, Devocionario y Aritmética en las dos lenguas. También están bastante adelantados los vocabularios quichua-español y español-quichua.

«Por otra parte, la inmensa extensión de terreno que ocupan hace poco menos que imposible la vigilancia y cuidado de los misioneros; obligando á multiplicar el número de éstos, que con otra disposición de pueblos podían servir, y con menos trabajo, para doble ó triple número de indios. Entre los antiguos misioneros de nuestra Compañía puede decirse que correspondía uno á cada 3,000 almas; y hoy los nueve Padres que existen apenas dan abasto, correspondiendo solamente uno á cada 1,000. No es, pues, tanto lo escaso del personal de los misioneros, como lo diseminado de las poblaciones, lo que atrasa el progreso de las Misiones; pues con otra disposición los actuales misioneros podrían cultivar hasta 27,000 indígenas.

de aquí consignado el doble carácter de las Misiones que se nos han encomendado. Porque al paso que son espirituales, pues tienden principalmente á hacer vivir como cristianos á indios infieles, ó que aunque bautizados tienen las mismas ó peores costumbres, son también temporales, como que deben ir civilizando tribus salvajes ó semisalvajes; con la advertencia de que sin el cultivo previo, y el empleo de medios temporales, sería imposible conseguir el fin de cristianizarlos. Hay, pues, que emprender, y cuanto antes, algunos trabajos indispensables, como el desmonte de extensas áreas al rededor de las proyectadas poblaciones, donde se críe el ganado, lo que juzgo medida de primera necesidad; preparar campo donde se establezcan sementeras para



ZANGUEBAR.—Ataque de los salvajes al gufa del misionero. (Pág. 462)

«Tiempo es ya de emprender la formación de casas al rededor de la iglesia, donde tengan los indios su morada fija, yéndose los que fueren menester á sus labores del campo, pero con la seguridad de que, permaneciendo en el pueblo sus mujeres é hijos, tendrán un motivo poderoso para no extraviarse en largas correrías, y volverán á sus hogares á los que poco á poco cobrarán cariño, habituándose á la vida civilizada. La formación de tales pueblos, cual conviene, se debe ir haciendo por grados y con singular tino, para no chocar abiertamente con el carácter de los indios; antes bien atrayéndolos con ventajas positivas que palpen por sí mismos.

«Y esto da origen á otras necesidades, que es de urgencia prevenir, y que no sin gusto especial expongo hoy al Supremo Gobierno, para que patentemente que-

que las familias reunidas no perezcan ó se vean en la forzosa alternativa de fugarse, según sus intentos, al centro de los bosques. Además, deben establecerse, así como existen escuelas de primeras letras y doctrina, otras escuelas de artes mecánicas, necesarias en el pueblo menos civilizado, dando al mismo tiempo un eficaz impulso al comercio entre los mismos indios. Y todo esto, H. señor Ministro, necesita bien los fondos asignados en el canon del segundo Concilio Quitense. Adviértase que el trabajo forzoso para bienes del común, sin retribución, es un verdadero imposible en el carácter indolente de estas tribus, que tampoco alcanzan á comprender el futuro bienestar que con él se procurarían. No estará por demás decir que hemos tenido que emplear buena parte de las rentas de la Misión y gastado

sumas no despreciables en su beneficio. Sin esto no tendrían sus instrumentos de labranza y de pesca; ni verían hoy construídas sus iglesias, ni tendrían escuelas, ni aquéllas estarían con imágenes, ornamentos y demás alhajas pertenecientes al culto divino, ni éstas contarían con el surtido de cuanto se necesita para la enseñanza de más de 500 niños. Los misioneros proveen á éstos de todo, y llega á tal grado la indolencia de sus padres, que á veces no tienen reparo de enviar á sus hijos sin un harapo que los cubra, en cuyo caso la Misión tiene que vestirlos.»

Tal era el estado de las Misiones del Napo en 1875. Nadie negará, en vista de este informe, el adelanto paulatino, pero seguro y progresivo, que se iba, con el auxilio de Dios, verificando, á pesar de los varios y á las veces tenaces obstáculos que en las vías de la evangelización presentaba el genio del mal y las pasiones humanas, y las resistencias tradicionales de los evangelizados. «Nueve mil salvajes, decía la ilustre víctima del Ecuador, precisamente en la última página de su Mensaje de 1875, teñida con su sangre; nueve mil salvajes reducidos á la vida cristiana y civilizada... nos dicen lo que debemos á la Iglesia y á las Corporaciones religiosas.» Y añadía: «Urge, por la extensión vastísima de la provincia del Oriente, la fundación de un segundo vicariato... y reglamentar lo más oportuno para promover el conveniente tráfico y comercio en esa provincia, extirpando, como se ha hecho, la especulación y exacciones violentas á que estaban sujetos los pobres moradores de ese territorio por algunos despiadados y crueles traficantes.» Tal fué el testamento del Mártir

del Ecuador, en este punto. ¡Ojalá sus herederos en el mando lo hubieran puesto totalmente en práctica!

Diósele en parte cumplimiento con la erección primero de la prefectura apostólica de Canelos, y las de Gualaquiza y Zamora, decretadas por el Congreso de 1888, y encomendas en los últimos años á los reverendos Padres Salesianos y Franciscanos respectivamente. La prensa ha publicado los felices avances de unos y otros, y no nos toca repetirlos, por más que de todo corazón los aplaudamos. *Fratres enim sumus*: Somos hermanos. Nuestros gozos, como nuestras penas, son comunes. El fin que nos proponemos es único; los medios en lo substancial no desemejantes. La gloria para solo Dios. Pero ¿se cumplió la última voluntad del integérrimo Magistrado en lo demás? Pronto lo veremos.

ENTRE LOS AINOS

INDÍGENAS DE LA ISLA YESO

(Conclusión)

Conversión de los ainos

HE dado ya á conocer los nuevos *primos* con quienes he de vivir tres semanas. La cabaña está constantemente llena de humo, que hace saltar lágrimas á mis ojos: así no es de extrañar que los ainos padezcan con tanta frecuencia oftalmias.

Los primeros días que siguieron á mi llegada á Edo-mo, los japoneses del pueblo se sucedían casi sin inte-



ZANGUEBAR.— El P. Mevel encarece á los negros el valor del Catecismo. (Pág. 462)

rupción en la vivienda de Saraguru, y uno de ellos, llamado Tomokichi, casado con una hermana de mi huésped, me dijo que era descendiente de antiguos *kirishtans* (cristianos) y que fué bautizado unos veintitrés años ha.

—Como la persecución era entonces muy viva, añadió, sólo pude asistir dos veces á la reunión de los cristianos, y por haber ido fuí condenado á trabajar tres días con los pies desnudos en las minas de Takashima. Las circunstancias me han traído á esta parte del Ezo, donde vivo pobremente, es cierto, pero experimento verdadera dicha en rezar mis oraciones. Constantemente he pedido á Dios la gracia de no morir antes de haber hallado un ministro de la Religión de mis antepasados. Ahora comprendo que Dios ha atendido la súplica que le dirigí hace veintidós años. ¡Estoy, pues, salvado! ¡Salvado! ¡Ah, qué gracia!

Ambos estábamos vivamente conmovidos. Sería harto prolijo si refiriese todos los detalles de su historia. Habiéndole interrogado sobre su familia, contestó:

—Vine á este país con mi mujer, cristiana también, que murió hace tiempo, dejándome un hijo que va á cumplir veintidós años: se ha casado con una joven aina, y yo con una viuda de la misma tribu, de la que tengo dos hijos, que os traeré mañana.

Cuando se hubo retirado, me asaltaron multitud de pensamientos: este encuentro providencial de un antiguo cristiano; su súplica atendida; el próximo bautismo de sus hijos y su compañera; la conversión probable de sus parientes ainos; los adoradores del oso convirtiéndose en adoradores del Cordero de Dios... Aquel día era precisamente la víspera de la fiesta de Santa Inés, que había sido especialmente y desde mucho tiempo invocada para la conversión de los ainos. Santa Inés será la Patrona de esta cristiandad: *Habitavit ursus cum agno*: y el Cordero domará al oso.

Pedro Tomokichi fué á mostrar á los suyos la cruz, los rosarios y las imágenes que le di, y á anunciarles la buena nueva. Su mujer no opuso objeción alguna, y vinieron á Edomo con sus dos hijos para que los bautizase. Aunque pobres, no quisieron presentarse con las manos vacías al *Pater sama* (misionero), y arreglaron algunos manjares para ofrecérmelos.

Pedro vino, pues, á toser á mi puerta, conduciendo de una mano un encantador niño de cuatro años, y tomando en la otra su presente, cuidadosamente envuelto en un lienzo. Seguía una mujer aina con un niño dormido en la espalda. Tuk-Nache, tal es el nombre de la mujer, lleva también en el rostro la marca de la degradación.

La velada del 21 de Enero dedicóse á la explicación de algunas imágenes, que obtuvieron buen éxito. Mas ¿qué será cuando pueda aprovechar las imágenes del *Pélerin*, que tienen la virtud de enseñar el Catecismo en todas las lenguas?

Hacia mucho tiempo que Pedro Tomokichi ensayó hablar de Religión á los salvajes; pero no fué comprendido porque su Dios nada tenía de sensible que le dis-

tinguiese de los *Kamuís* varones y hembras á quienes adoran; sin contar que sus demostraciones no debían ser muy convincentes.

Otra cosa fué cuando sus ojos pudieron contemplar la imagen del Dios hecho hombre y la de su Santísima Madre. Entonces no opusieron objeción alguna, y desde luego aprendieron á hacer la señal de la cruz.

El día siguiente fueron bautizados los dos hijos menores de Tomokichi, y este mismo año lo serán su hijo mayor y su nuera.

En casa de Saraguru estábamos en pleno progreso.

El *Ave Maria* fué traducida en aino, y la aprendieron en una velada todos los miembros de la familia, á excepción de la mujer, cuya memoria no era proporcionada á la buena voluntad; pero, para que no se afligiera, le di una imagen de la Santísima Virgen lo mismo que á los demás. Esta Imagen era para todos ellos la expresión del bello ideal. En su sencilla admiración, la mujer de Saraguru me dijo:

—¿Todas las mujeres de vuestro país son tan bellas como esta Imagen?

El marido, sin darme tiempo para responder, replicó:

—Nada de esto: repetidas veces he visto algunas *menokos* (extranjeras). (Saraguru hacía alusión á las diaconisas protestantes y á las mujeres de los ministros). ¡Cuán lejos están de parecerse á esta Imagen! Por lo demás, nada tiene de extraño; porque *Sancta Maria* es tan hermosa porque es Madre de Dios, ¡y no es Madre de Dios quien quiere!

A los pocos días, habiendo el P. Rousseau traído los cuadros del *Pélerin*, pronto tuvimos ocasión de experimentar su utilidad, viendo los rápidos progresos que hacían nuestros catecúmenos, de suerte que el 7 de Febrero pudo bautizarse á Tuk-Nache, procediéndose en seguida á la ceremonia del casamiento. La fiesta terminó con el rezo del Santo Rosario en común. Esto fué el ramillete de mi pequeña Misión, pues no podía prolongar más mi permanencia entre los ainos: tenía que volver á Hakodaté, aunque ciertamente no los olvidaría.

Desde mi partida se ha afirmado el progreso en la fe, como lo han testificado los PP. Faurie y Rousseau cada vez que han pasado á Mororan. Hemos venido á ser verdaderamente primos (*irinak*) de los ainos: nos ruegan que nos instalemos entre ellos, y para recordarme mi promesa y manifestarme al mismo tiempo su fraternidad, Saraguru ha tenido la delicadeza de enviarme á Hakodaté una caja de pescado salado.

Así que los recursos nos lo permitan nos instalaremos definitivamente en Mororan para continuar de una manera regular la evangelización de los ainos.

Mientras que los herejes para propagar la cizaña cuentan con capillas, escuelas y hospitales, los misioneros de la verdad carecen de los medios indispensables para comunicar la gracia de su ministerio.

El gran tormento del misionero consiste menos en el alejamiento de su país y en las privaciones materiales, que en el dolor que produce la vista del bien que debe

hacerse, y la imposibilidad de poner mano á la obra. Y eso mientras que los ministros protestantes, provistos de todo, invaden un campo que nos ha sido encomendado.

Confiamos que Dios se compadecerá de nuestra angustia, y nos suministrará medios para trabajar eficazmente en la extensión de su reino, hasta en esta tribu abandonada.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

XX.—La ascensión (continuación)

Excelsior.—La subida.—Perdidos y hallados

DECIDIDOS á intentar la ascensión, sin pérdida de tiempo emprendemos la marcha por el camino de circunvalación que une en las alturas los distritos de Matchamé y Kibosho al de Useri. Con nosotros vienen los dos guías de Mandara, si bien de mala gana, y declarando que están ya al cabo de la calle de sus conocimientos geográficos, y que es insigne locura ir más lejos: vienen además dos soldados del Sr. de Eltz, el célebre Dyombo del Dr. Baxter, su perro, y por último mi fiel amigo Daringo, á quien he prestado gustoso para el caso unos pantalones desgarrados y un par de zapatos no mejores.

La niebla es tan intensa, que nada se ve á izquierda ni á derecha, al frente ni á la espalda. No hay ningún punto de guía. Sólo de vez en cuando vemos á nuestros pies alguna forma negra que se levanta á cierta distancia, como una aparición sobrenatural, como un espíritu resuelto á impedir á los profanos el acceso á la montaña misteriosa. Brújula en mano, nos dirigimos hacia el Norte, hasta el momento en que hallamos como una larga corriente de lava. Unánimemente auguramos que siguiendo el curso de estas rocas, deberemos llegar al sitio de donde salieron, esto es, á los cráteres superiores, y continuamos subiendo, á veces con dificultad y otras cómodamente, pero casi siempre de un modo regular y sin grandes alternativas de valles y mesetas.

La vegetación es cada vez más mezquina, y llama la atención el que desaparezcan sucesivamente detrás de nosotros las diversas series de plantas, á medida que adelantamos. Ya no hallamos árboles; apenas arbustos, que á cada paso son más pequeños y raros. Los brezos bajos aun los admiramos algún tiempo, y desaparecen á su vez. Quedan siempre vivas descoloridas y algunas plantas del Cabo. No descuidamos romper las ramas que se hallan en nuestro camino, remover piedras y tomar nota de las peñas mayores, para tener á nuestro regreso una línea continua de señales.

Mas he aquí que al Sr. de Eltz, el más fuerte de nosotros, le sobreviene un violento dolor de cabeza, especialmente hacia la nuca, con palpitaciones de corazón y fatiga general. Es el *mal de las montañas*, debido á la rarefacción del aire y á la aceleración de los movimientos respiratorios. El doctor aconseja la retirada, tanto más cuanto él mismo sufre por falta de agua. Mas

el Sr. de Eltz está decidido á ir adelante hasta que dé con su cuerpo en el suelo y haya que llevarlo. Felizmente no llega á tal extremo, y poco después su energía es recompensada por una curación casi completa. Junto á una peña hallamos un poco de agua, y allí tomamos algún descanso.

Pero ¿y nuestros hombres? ¿qué ha sido de nuestros hombres? Hace mucho que han desaparecido Dyombo con su perro, y nuestros guías. Daringo se arrastra penosamente, pues le vence el sueño. Los dos soldados hacen esfuerzos para no quedar atrás; pero se conoce que esta ascensión les interesa muy poco.

Estamos á cuatro mil metros de altura.

En breve continuamos la marcha, amojonando el camino con multitud de señales, pero casi sin esperanza de ver cosa alguna... Mas he aquí que súbitamente, sin transición, cesa la niebla, cortada bruscamente como con un cuchillo, y nos hallamos ante uno de los más bellos espectáculos que puedan presenciarse. Allá, á nuestro frente, hay la cumbre del Kima-Uenzé, con sus peñas gastadas por el tiempo y como aserradas en prolongados picos negruzcos, sus precipicios formidables, las capas de nieve que salpican sus flancos, y sus largos regueros de ceniza rojiza y de lava. A izquierda se levanta la brillante cumbre del Kibo, pudiendo ya distinguirse el muro de hielo cortado á pico, que parece prohibir su acceso. Entre estos dos gigantes se extiende la meseta que los sostiene, en una logitud de doce kilómetros. Todo esto lo tenemos á la vista, y como quien dice al alcance de nuestra mano, tanto es la pureza del aire y de tal suerte se borra la distancia. La belleza del cielo es admirable, toda vez que las nubes están á nuestros pies. Sobre nuestras cabezas luce el sol; ¡el sol que creíamos perdido, y cuyo calor es tan grato!

Entonces rivalizamos todos en ardor, y andamos, subimos, atraídos como por un imán hacia esa maravilla de la naturaleza africana: cuatro mil ochocientos metros: ¡henos ya en la meseta! (*V. el grabado de la pág. 472*).

Aquí el suelo está cubierto de innumerables fragmentos de obsidianas, de escorias esponjosas y de polvos rojizos y duros. Más arriba viven á duras penas hierbas cortas y secas; pero excita nuestra curiosidad el que en las cavidades de las peñas, amontonadas unas sobre otras como por mano ciclópea, se levantan aún los restos secos de una planta muy alta y extraordinaria, la hierbacana gigante de Johnston, que señaló por primera vez hace cuatro años este explorador. Con ayuda de Daringo derribo una fácilmente para apoderarme de los granos.

La vida animal está muy débilmente representada á esta altura. Sin embargo, una ligera mariposa gris vuela suavemente entre las hierbas: un lagarto pequeño, gris también, se calienta á los débiles rayos del sol, y huellas de antilopes, el *Pofu* (Boselafe Canna), atestiguan que á veces los animales de la llanura suben también á la montaña. No oímos más que á un pajarillo que un momento nos sorprende, saluda, pasa y desaparece.

Nada se ve desde aquí del panorama que se extiende á nuestra espalda: ni el frondoso bosque, ni los enormes contrafuertes de la montaña, ni la llanura inmensa, ni los ríos que la surcan: entre ellos y nosotros se interpone la plateada niebla, que semeja un espejo empañado, un mar sin horizontes que nos separa del mundo habitado. ¡No estamos en el cielo; pero parece que no vivimos ya en la tierra!

Mientras que mis compañeros descansan y admiran, subo solo á una colina que domina toda esa meseta. ¡Heme aquí solo, enteramente solo! ¡Oh! ¡qué magnífico oratorio para meditar en la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre! Paréceme que gustoso permanecería aquí días, semanas y meses, tan lejos de las profundidades por donde camina la infeliz humanidad; pero de pronto, sobrecogido por lo imponente de la soledad y el silencio absoluto, universal, me siento como asustado. Dirijo á otra parte la vista, y he aquí que abajo en un hueco veo la nieve, la nieve inmaculada del Kili-ma-Ndjaro. Entonces, recordando que tengo el honor de ser el primer sacerdote católico y el primer francés que ha llegado á esta cumbre, planto entre las piedras

tar mañana la ascensión al Kibo. Pero, es preciso resignarse, y después de vaciar nuestras botellitas y fiambreras, nos volvemos á toda prisa, reuniéndonos al paso aquellos de nuestros hombres á quienes había dominado la fatiga y el sueño. Penetramos de nuevo en la niebla, siguiendo las señales que habíamos puesto á la subida.

Por desdicha la bruma es cada vez más densa, declina el día, piérdense las huellas, la fatiga es grande, y nuestra situación no es nada tranquilizadora. Para colmo de infortunio, á cada instante somos víctimas de una suerte de espejismo: se nos presentan delante, en la confusa niebla, como colinas y bosques que no reconocemos y que parecen cerrarnos el camino. ¿Dónde estamos? Caminamos á la ventura. Adelanta la noche, fría y húmeda; vamos perdiendo las fuerzas, el hambre nos devora, y, preciso es reconocerlo, estamos enteramente perdidos.

¿Qué será de nosotros? ¿Dónde pernoctaremos? ¡Nada tenemos para hacer fuego, nada para comer ni beber!



AFRICA ORIENTAL.—El pico del Kima-Uenzé (5,300 metros) visto desde la alta meseta (4,800 metros). (Pág. 471)

una crucecita de brezo, hago una breve oración á Dios, y á través del espacio, por sobre las tierras y los mares, envío un saludo á la patria lejana.

Son las tres...

A punto de abandonar este retiro sublime, todos lamentamos que la falta de tienda, de agua y de provisiones no nos permita pasar aquí la noche, para inten-

En caso tan crítico, el Sr. de Eltz hace un disparo de fusil, y luego otro y otro; mas el eco responde apenas, y el ruido se pierde en la obscuridad. Más lejos, nuevo ensayo y nuevo desencanto, y así con frecuencia hasta que se agotan los cartuchos. Sin embargo, seguimos andando, tropezando contra las peñas, rodando por los torrentes, y detenidos por los matorrales.

¡Alto! Daringo pretende haber oído á lo lejos como un tiro de fusil: ¡si fuese cierto! Pero no, nos detenemos algunos instantes, y luego desesperanzados proseguimos la marcha.

¡Alto otra vez! Ahora todos lo hemos oído: nos llaman, y respondemos. Eran, en efecto, los soldados del campamento, que al acercarse la noche salieron en busca nuestra, y disparaban para darnos aviso de su presencia.

Pronto nos unimos á ellos, y podemos por último, gozar en la tienda las dulzuras de un descanso merecido.

El día siguiente bajamos la montaña, y hallamos en la estación al Ilmo. Courmont casi curado.

La ascensión estaba hecha: ¡habíamos visto la nieve á nuestros pies!

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXXIX

Sarbut el-Khadim

SARBUT, en plural *sarabit*, significa en árabe una altura, la cumbre de una montaña. Khadim parece procede de la antigua palabra egipcia Khatem, fortaleza. Sarbut el-Khadim puede, pues, traducirse: la montaña de la fortaleza.

Al cabo de una hora de caminar por senderos tortuosos llegamos al punto culminante de la meseta, á ochocientos siete metros de altura: es vasta, pues tiene algunos kilómetros en todos sentidos, y hállase cortada por profundos barrancos.

En un recinto casi enteramente arruinado se ven multitud de estelas, al parecer funerarias, la mayor parte echadas por el suelo y rotas, y piedras labradas, columnas y capiteles representando á la diosa Athor: por último, el naos y pronaos, santuario y vestíbulo de un templo egipcio labrado en la roca.

El recinto mide 52 metros por 21: en él se ven esculturas representando escenas egipcias. Las estelas son largas piedras planas, redondeadas en semicírculo por la parte superior. Una de ellas tiene 2'50 metros de alto por 0'70 de ancho y 0'30 de grueso. En todas hay inscripciones jeroglíficas, obra de los jefes de los mine-

ros, deseosos de transmitir á las generaciones futuras, con su nombre y el de Faraón reinantes, el testimonio de su actividad en los trabajos y de los servicios que prestaron. Uno de ellos dice que con quince obreros ha proporcionado más metal del que daba Magharah en tiempo de Snefru. Un superintendente de las minas habla de tropas que vinieron para defender á los obreros contra las tribus vecinas, y se alaba de no haber interrumpido nunca el trabajo ni perdido una vena. Otros hablan de convoyes de trigo, ganado, volátiles, caza y legumbres traídos de Egipto para aprovisionar á los trabajadores.

Nos dirigimos hacia el Oeste para seguir la ruta de los hebreos. El sendero baja á un hermoso uadi, llano



AFRICA ORIENTAL.—Lianas y brezos en las altas mesetas del Kilima-Ndjaru (3,600 metros). (Pág. 471)

y unido como una carretera. Al cabo de dos horas llegamos al uadi Nasb. Nuestros hombres se detienen delante de una peña grande ferruginosa, que por su forma singular recuerda la célebre esfinge de Ghizeh, y descargan los camellos, para que puedan ir á beber en una fuente que hay á una hora de distancia.

Este uadi fué probablemente el centro principal de los trabajos, tanto para la extracción del mineral como para su reducción á metal. Vense grandes montones de escorias, restos de habitaciones para los trabajadores, y un obelisco egipcio. El mineral más abundante es un óxido de cobre, negro y terroso. Algunos yacimientos parecen agotados; pero restan aún venas capaces de alimentar una explotación considerable. Una de ellas tiene más de sesenta metros de espesor.

Parece que los viajeros de quince ó veinte siglos atrás se detenían como nosotros junto á dicha peña, y mientras bebían sus camellos se entretenían en grabar sus nombres, pues en ninguna parte, excepto en el uadi Mokatteb, hemos visto inscripciones sinaíticas más bellas, variadas y numerosas.

No lejos de aquí empieza una llanura de arenas movedizas, llamada con redundancia Debbet er-Ramleh, tierra arenosa de arena. Extiéndese á lo largo de la cordillera del Tih en una longitud de cincuenta kilómetros. La cruzamos diagonalmente durante tres horas, sin otra distracción que el encuentro de una liebre y de una espléndida amarilidea blanca, de sin par finura, el *Pancreatium Sickenbergeri* (Asch. et Schweinf.): luego bajamos al ancho uadi Homr, rodeado de rocas calcáreas y rico en flores. Pasamos la noche en el uadi al abrigo de una tienda cerca de la montaña del Camello, Sarbut el-Djemal.

El día siguiente sólo vemos interminables colinas desnudas y monótonas. Por último, hacia el medio día llegamos al camino conocido del Exodo, cerca del uadi Tal, entre la estación del mar y la de Elim. Después de una noche pasada entre los tamarindos del uadi Gharandel, hacemos otras dos jornadas, y nuevamente entramos por la noche en Suez, donde gozamos de la cordial hospitalidad de los Padres Franciscanos y de su incomparable caridad para con los peregrinos del Sinaí.

Epilogo

Al fin de su interesantísimo diario de viaje, el Rdo. P. Jullien pone como apéndice un erudito estudio sobre el camino que siguieron los hebreos desde el Sinaí hasta Cadesbarne.

Cuando Israel estuvo instruido en la ley y en todos los preceptos del Señor su Dios; cuando hubo edificado el tabernáculo y organizado el culto en conformidad á las prescripciones divinas, debió tomar el camino de la tierra prometida. Pero antes de internarse en las soledades desconocidas del desierto, donde podían hallar tribus enemigas, el prudente Moisés, sabiendo que la confianza en el Señor no excluye la prudencia humana, dijo á su cuñado Hobab, habituado al desierto: «Nosotros partimos para el país cuyo dominio nos ha de dar el Señor: ven con nosotros.» Hobab se excusó. Y Moisés le dijo: «No quieras dejarnos; porque tú sabes en qué lugares debamos asentar el campo en el desierto, y serás nuestra guía. Y si vinieres con nosotros, te da-

remos lo mejor que hubiese de las riquezas que el Señor nos ha de dar (1).» Como Hobab no replicó, puede creerse que consintió en acompañarles.

«El año segundo, después de la salida de Egipto, el mes segundo, á los veinte días del mes, se alzó la nube del tabernáculo de la alianza; y marcharon los hijos de Israel en sus escuadrones desde el desierto de Sinaí (2).»

¡Qué espectáculo! «Y cuando era alzada el arca, decía Moisés: Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu rostro los que te aborrecen (3).»

«Partieron, pues, del monte del Señor camino de tres días, y el arca de la alianza del Señor iba delante de ellos, proveyendo en los tres días lugar para el campamento. La nube del Señor iba también sobre ellos de día mientras caminaban. Y cuando era bajada, Moisés decía: Vuélvete, Señor, hacia la multitud del ejército de Israel (4).» «Y reposó la nube en el desierto de Pharán (5).»

«Entre tanto se levantó un murmullo en el pueblo contra el Señor, como de los que se dolían por el trabajo. Lo que habiendo oído el Señor, se enojó. Y encendido contra ellos el fuego del Señor, devoró la última parte del campamento. Y como clamase el pueblo á Moisés, hizo éste oración al Señor, y soterróse el fuego. Y llamó el nombre de aquel lugar Thaberah, esto es, Incendio (6).»

Pronto se elevaron nuevas quejas, seguidas de un segundo castigo. El pueblo que les había seguido de Egipto empezó á llorar pidiendo carne, y los israelitas también cada cual á la puerta de su tienda. El Señor, para acallar sus quejas, envió nuevamente codornices al campamento. «Aun estaban las carnes entre sus dientes, y no se había acabado semejante vianda; y he aquí excitado el furor del Señor contra el pueblo, lo castigó con una plaga muy mucho grande. Y fué llamado aquel lugar: Sepulcros de Concupiscencia; porque entraron allí al pueblo que había tenido deseos. Y saliendo de los Sepulcros de Concupiscencia, volvieron á Hazereth, y acamparon allí (7).»

Hazereth en hebreo, Hazhirah en árabe, significa cercado, y todos los sabios modernos concuerdan en reconocer este nombre en el de una fuente llamada A'in-Hudherah, situada á sesenta y dos kilómetros al Nordeste de Sinaí, en el camino de A'kabah. A'in-Hudherah señala, pues, la estación de Hazereth, donde los hijos de Israel se detuvieron por lo menos siete días, hasta que el Señor curase á María, hermana de Moisés, herida de lepra por haber hablado contra su hermano.

El nombre de la estación precedente, Qibroth-Hattaavah ó los Sepulcros de la Concupiscencia, ha desaparecido de los lugares. Su emplazamiento ha de buscarse en el camino de Sinaí á A'in-Hudherah, una jornada de marcha, ó sea unos veinticuatro kilómetros, pues tal fué el término medio de las etapas de Israel al dirigirse á Sinaí. Ahora bien; precisamente á veinticuatro kilómetros detrás de A'in-Hudherah hay un

(1) Num. x, 29, 31, 32.

(2) Num. x, 11, 12.

(3) Num. x, 35.

(4) Num. x, 33, 34, 36.

(5) Num. x, 12.

(6) Num. xi, 1, 2, 3.

(7) Num. xi, 33, 34.

lugar denominado Erueis-Ebeirig, donde se ven vestigios de un antiguo campamento y de túmulos. Los sabios de la expedición inglesa han propuesto con razón identificar los Sepulcros de Concupiscencia con Erueis-el-Ebeirig. En cuanto al lugar nombrado Thaberah en el Sagrado Texto, verosíblemente no es otra cosa que la parte consumida por el fuego en el mismo campamento que se denominó, después del segundo castigo, Sepulcros de Concupiscencia.

El lugar de las seis estaciones siguientes es desconocido. Nadie hasta hoy halló en estos desiertos los nombres que les da el Sagrado Texto (1). Israel, pueblo extranjero y viajero, permaneció muy poco tiempo en aquellos parajes, y así no es extraño que no pudiese fijar su nomenclatura. Los monjes de los primeros siglos no habitaron estos desiertos del Este, que fueron siempre y son aún al presente, peligrosos para los viajeros. Nada tiene de particular, pues, que no sean conocidos los lugares donde acampó Israel.

Créese que la estación de Aradah fué el djebel-Aradah, monte más allá de A'in-Hudhera, en la dirección de A'Kabab. Siguen diez campamentos que se conjetura se hallan en la meseta del Tih. Los israelitas acamparon en seguida en Asiongaber, puerto conocido, cerca de la extremidad del golfo de A'Kabab, y desde Asiongaber vinieron á Cades ó Cadesbarne, campamento célebre, en que permanecieron mucho tiempo (2). Desde allí enviaron hombres escogidos que explorasen la tierra de promisión; y cuando al regreso éstos dieron cuenta de su cometido, y el pueblo, olvidando los milagros del Señor, empezó á desesperar de la conquista y á querer volver á Egipto, Dios les lanzó una terrible sentencia de muerte: «Todos los hombres que han visto la majestad mía, y los prodigios que tengo hechos en Egipto y en el desierto... no verán la tierra que prometí con juramento á sus padres... En este desierto quedarán tendidos vuestros cadáveres, cuantos fuisteis alistados de veinte años para arriba: fuera de Caleb, hijo de Jephone, y de Josué, hijo de Nun (3).» En Cadesbarne fué donde, por segunda vez, Moisés hizo manar de una peña agua milagrosa.

LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA EN RITO DIVERSO

La acreditada publicación quincenal *La Ciudad de Dios*, Revista religiosa, científica y literaria, dedicada al gran Padre San Agustín, que hace catorce años vienen publicando los reverendos Padres Agustinos del Real Monasterio del Escorial (Madrid), dice en su número IV del presente año, pág. 319:

AUNQUE las tradiciones cristianas de las dos Iglesias ortodoxas, latina y oriental, han sido siempre idénticas en la substancia, bien notorias son las diferencias accidentales que las separan principalmente en algunos puntos de la sagrada liturgia. La más notable de esas divergencias es, sin duda alguna, la que se refiere á la materia propia del misterio Eucarís-

tico, pues según las prescripciones de la liturgia oriental, debe consagrarse en pan fermentado, mientras que la Iglesia latina exige rigurosamente á sus sacerdotes la consagración en pan ázimo. La Iglesia Romana tiene sobradas razones para demostrar el origen divino de esta práctica sancionada por el ejemplo del mismo Jesucristo, que, según el Evangelio, celebró su última cena en la Pascua de los ázimos; mas como se trata de una divergencia accidental que no altera en nada la substancia del augustísimo Sacramento, se ha creído conveniente, después de algunos altercados con los griegos, respetar y apoyar las dos tradiciones. No obstante esa condescendencia mutua de las dos Iglesias ortodoxas, existió desde el principio y existe todavía una legislación severa que prohíbe en absoluto la comunicación de ritos entre los sacerdotes latinos y orientales. Al sacerdote griego no le es lícito celebrar el santo sacrificio de la Misa consagrando en pan ázimo, ni al latino servirse del rito griego consagrando en pan fermentado. Según la interpretación de los Doctores católicos, no se suspende el rigor de esta ley, ni siquiera para el caso en que fuera preciso preparar el Viático para un enfermo. Lejos de mitigarse la severidad de esta legislación, existe para los sacerdotes latinos la prohibición de celebrar sobre los altares de las iglesias de rito griego, debiendo servirse de algún altar portátil de piedra en el caso que fuese preciso celebrar en dichos templos.

Fácilmente se comprende que la prohibición de participar de rito diverso en la Comunión eucarística había de extenderse también á los fieles de las dos Iglesias. Está prohibido á los Párrocos, así griegos como latinos, conservar, aunque sea en altares distintos de sus respectivas iglesias, partículas consagradas en ázimo para la Comunión de los latinos, y en fermentado para la de los fieles griegos, debiendo cada cual administrar la Comunión en su propio rito. De aquí la prohibición directa á los mismos fieles latinos de comulgar bajo las especies de fermentado, y á los griegos recíprocamente de recibir al Señor bajo las especies de ázimo. Mas esta última prohibición no se propuso con tanto rigor y severidad como la que se refiere al sacerdote celebrante, habiéndose permitido siempre á los fieles de ambas Iglesias comulgar en rito diverso siempre que lo exigiese la necesidad de cumplir con el precepto pascual ó de recibir al Señor en forma de Viático. Sucesivamente se ha mitigado más esta prohibición para aquellos lugares donde sólo existen iglesias de un rito determinado, concediendo con facilidad la Santa Sede á los fieles que lo imploraban el permiso de comulgar en diverso rito, aunque no fuese más que para satisfacer á su devoción. Pero estas concesiones no se otorgaban sino en formas de privilegios personales.

La concesión general en favor de todos los fieles se ha dado últimamente por órgano de la Sagrada Congregación de Propaganda en el decreto que transcribimos, y cuyo contenido se reduce á lo siguiente: Considerando la Santa Sede que la prohibición de comulgar en rito diverso es causa de que muchos fieles se vean privados de los copiosos frutos que provienen de la participación del augustísimo Sacramento del altar, se concede á todos los fieles que viven en lugares donde no existe igle-

(1) Num. XXXIII, 8 et seq.

(2) Deut. 1, 46.

(3) Num. XIV, 22, 23, 29, 30.

sia ó sacerdote de su propio rito la facultad de recibir la Santísima Eucaristía, en cualquiera tiempo y por sola devoción, según el rito de la Iglesia existente en dichos lugares, á condición de que sea ortodoxa.

«In variis catholici orbis regionibus, in quibus diversorum rituum permixti fideles inveniuntur, deplorandum sane est sæpe sæpius nonnulli proprii ritus ecclesie et sacerdote destitutos manere. Ex quo fit ut quidam ex illis propriæ devotioni satisfacere, necnon christianæ vitæ fervorem per Sacramentorum frequentiam conservare et augere desiderantes, ex difficultate S. Communionem sumendi in proprio ritu, à S. Sede privilegium communicandi in ritu alieno etiam extra casus à jure permissos continuo expostulent; alii vero quamplurimi

medio tollatur, omnibus fidelibus cujuscumque ritus, sive latini, sive orientalis, degentibus in locis in quibus non sit ecclesia aut sacerdos proprii ritus, facultas in posterum à S. Sede conceditur SS. Communionem, non modo in articulo mortis et pro paschali præcepto adimplendo, sed etiam quovis tempore devotionis gratia, juxta ritum Ecclesiæ existentis in prædictis locis, dummodo catholica sit, recipiendi.

«Rmis. Ordinariis committitur officium ut præsentis decreti notitiam ad suum quisque populum pervenire faciat.

«Datum Romæ ex diebus ejusdem S. Congregationis die 18 Augusti 1893.—† FR. AUGUSTINUS, Archiep. Larissensis.—ALOISIUS VECCIA, Secretarius.



BAJO ZAMBEZA (*Africa Austral*).—Puerto real de Tungoo. (Pág. 478)

propter eandem rationem inducantur potius ad diuturnam Sacramentorum incuriam cum maximo eorum vitæ spiritualis detrimento.

«Hisce recursibus ac malis effectibus pernota hæc S. Congregatio de Propaganda Fide pro negotiis ritus orientalis per opportunam aliquod ac salutare remedium iisdem occurrere voluit. Hinc, de consilio Emmerichii Patrum prædictæ S. Congregationis, SS. D. N. Leo PP. XIII, referente R. P. D. Augustino Archiep. Larissensi S. Congregationis de Propaganda Fide Secretario in Audientia diei 2 Julii anni 1893 sequens decretum edi et expediri mandavit: nimirum.

«Quo utilius frequentia promoveatur SS. Sacramentorum, quæ efficacissima sunt media à Christo Domino instituta ad procurandam salutem animarum, et quo opportunius duplex illud prædictum inconveniens de

INVENCIÓN UTILÍSIMA

Con este título leemos en un periódico católico de Madrid:

«El Rdo. P. Biasiotti ha ideado un altar portátil de grandísima utilidad para los ejércitos, las Misiones, y hasta para las parroquias rurales. Este altar, que puede llamarse *altar mochila*, se asemeja, cuando está todo arreglado para el transporte, á una mochila de soldado, dentro de la cual va todo el altar y lo necesario para celebrar la Santa Misa y administrar los Santos Sacramentos; á pesar de lo cual sólo pesa seis kilogramos, condición que aumenta su utilidad por lo fácil que hace el poderlo llevar bien en los Cuerpos armados, bien por los misioneros.

«A pesar del poco peso de este *altar mochila*, todos los ornamentos y objetos que contiene para el culto están justados á las más rigurosas disposiciones litúrgicas, habiendo obtenido el Rdo. P. Biasiotti la felicitación de todas las personas competentes, siendo digna de especial mención la carta con que el eminentísimo Cardenal Vicario ha aprobado y aplaudido esta invención.

«He aquí sus palabras:

«Rdo. Sr. Juan Biasiotti.

«Hemos sido agradabilísimamente sorprendidos al ver «el nuevo altar portátil ó servicio religioso de campo, «del cual sois inventor, sorpresa que no ha cesado de «aumentar al considerar con cuánto acierto y habilidad «habéis sabido disponer los ornamentos y vasos sagrados. Este altar se recomienda por su forma portátil, por su peso y su volumen, siendo todo mucho mejor de lo que se ha hecho hasta el presente, y lo que «lo hace aún más preferible es el escrúpulo con el cual «han sido observadas todas las prescripciones litúrgicas.

«Os felicitamos por este éxito y os bendecimos en el «Señor.

«Vuestro afectísimo en N. S.,

«LÚCIDO MARÍA, *Cardenal Vicario.*»

«Después de aprobación tan competente y completa y tan satisfactoria para el Rdo. P. Biasiotti, pálido sería cuanto en su elogio pudiéramos decir, restándonos sólo dar una ligera idea de lo que es este altar, para que se comprenda cuán utilísimo es, no sin añadir antes que el autor ha recibido también una aprobación completa y valioso aplauso de la *Pontificia Academia Litúrgica Romana*, por medio de una carta de su director monseñor Calcedonio Mancini.

«En las varias divisiones del fondo de la mochila se ven perfectamente sujetos con cintas y en estuches bien acondicionados: dos candeleros, el Crucifijo, las vinajeras con tapones esmerilados, la caja para las Hostias, el copón portátil de elegante modelo, el cáliz de forma romana, el Misal con su correspondiente atril de metal de nueva invención, la campanilla, un vasito de metal con triple división para los Santos Oleos, y un platillo con dos círculos para colocar las vinajeras.

«Sobre estos objetos están el alba, el amito, el cíngulo, el mantel y sabanilla, y todo lo demás de tela para la Misa, y encima la casulla, de doble uso, esto es, por un lado con todos los colores de la liturgia, y por el otro negra, con su correspondiente estola, manipulo, palia, etc., como también la estola para la administración de los Sacramentos. Todo esto se halla cubierto por una tablita con las sacras, y una mesa doblada en forma de libro colocada sobre la mochila, y que al abrirse tiene en el medio el ara. Sobre ella se colocan los manteles, se fijan los candeleros, el Crucifijo y el misal, y en el fondo, como pared, la tablilla con las sacras, donde están pintados los misterios de la Pasión.

«Por lo que dicho queda resulta comprobado lo que al principio decimos, que el *altar mochila* es utilísima invención para los Cuerpos armados y las Misiones, y hasta para las parroquias rurales que tienen anejos, donde tropiezan los párrocos con mil dificultades para celebrar el santo sacrificio de la Misa. Por todo esto es

merecedor el Rdo. P. Biasiotti de entusiasta y justo aplauso, debiendo decir, para terminar, que ha cedido su reproducción al negociante en objetos sagrados señor Giovanni Canziani, via della Minerva, 82, en Roma.»

CRÓNICA

Roma.—Su Santidad ha sancionado el acuerdo de la *Propaganda Fide*, estableciendo en la colonia Eritrea, posesión de Italia, en Africa, una prefectura apostólica italiana independiente, constando el Breve de cuatro partes, dedicadas á su erección, á la extensión que tendrá esta prefectura, á su Sede en Africa y á los Religiosos italianos que la compondrán. La sede de la prefectura se fija en Keren, localidad situada entre Massuah y la nueva conquista italiana de Kassala. La prefectura apostólica de la colonia Eritrea suprime toda otra jurisdicción existente, y se extiende por toda la zona de la influencia italiana en Africa.

Para dicha prefectura ha sido nombrado el Rmo. P. Francisco de Loreto, de los Menores Capuchinos, el cual seguirá, de seguro, las gloriosas tradiciones del cardenal Massaia en Abisinia.

Inglaterra.—Los países católicos se lamentan de ver á los enemigos de la Iglesia suprimir las procesiones. Tiene, pues, interés dar á conocer lo que sucede en los países protestantes y en Londres, capital del Anglicanismo.

Recientemente se organizó en Londres una procesión por los miembros de la Cofradía de Nuestra Señora de Ramson, establecida hace tres años, y que cuenta ya con sesenta mil adheridos.

Más de tres mil personas asistían á esa procesión, que atravesó las calles más céntricas y más frecuentadas, deteniéndose en los parajes que recuerdan el suplicio y los martirios de los católicos más renombrados, como Tomás Moro, el obispo Tisher, cuyo cuerpo reposa en la iglesia de *M. Halloned Dashinj*.

La procesión volvió en el mismo orden á la iglesia de los Mártires. Durante todo el trayecto, la policía de la ciudad vigiló, con la más minuciosa atención, los parajes por los cuales debía pasar el imponente cortejo; pero esta precaución era inútil, pues de millares de protestantes que asistieron al desfile, ni uno sólo se permitió la más ligera irreverencia con relación á los católicos. No solamente esto, sino que se vió á muchos protestantes arrodillarse como lo hacen todos los católicos.

Es consolador hacer constar este nuevo triunfo del Catolicismo en Inglaterra, y la gran simpatía que numerosos protestantes ingleses sienten por la Religión católica y sus augustas ceremonias.

—Hace tiempo que los anglicanos vienen imitando algunas instituciones católicas, aun las mismas Comunidades religiosas; ahora quieren plantear los retiros espirituales, distinguiéndose en esta empresa un pastor anglicano, el Rdo. Esteban Gladstone, hijo del gran Ministro. El retiro se establecerá en Hawarden, y Gladstone cederá su magnífica biblioteca, muy abundante en obras de Teología, á los pastores que allí se congreguen.

Polonia.—La ciudad de Cracovia, siempre fiel á la Romana Sede, y orgullosa con el título que le han dado las generaciones de *Roma Polaca*, ha celebrado con pompa extraordinaria el tercer Centenario de la canonización de San Jacinto. Las fiestas han resultado espléndidas, gracias, á más del popular entusiasmo, al celo y generosidad de los reverendos Padres Dominicos, que no han perdonado medios á fin de que la festividad revistiera toda la brillantez posible.

Durante los ocho días que han durado las fiestas, muchedumbre inmensa de peregrinos prestaban animación extraordinaria á la vetusta y monumental Cracovia. La mayor parte de los Obispos de Galitzia y muchísimos sacerdotes celebraron el santo sacrificio de la Misa sobre el altar que encierra el venerable cuerpo del insigne Apóstol de las gentes septentrionales, y predicó un elocuente sermón el Emmo. cardenal Kopp. Espléndida corona de

este aniversario ha sido la solemnísima procesión, que con pompa extraordinaria se dirigió desde el templo de los Padres Dominicos á la Catedral, que viene á ser como el monasterio escorialense de la historia polaca, la tumba de sus antiguos Reyes.

Bajo Zambeza.—El Rdo. P. Courtois, de la Compañía de Jesús, nos ha remitido la vista del puerto real de Tungo (*V. el grabado de la pág. 476*), que es la entrada de las Lupatas. Sabido es que por Lupatas se entienden rápidas ó corrientes peligrosas en el río Zambeza, entre Teté y Senna. Dicho venerable misionero es verdadero apóstol de aquellas desheredadas regiones del Africa Austral, que ofrecen un brillante porvenir, y creemos que pronto habrá allí una cristiandad floreciente.

América del Norte.—La devoción de los Guardias de Honor en el transcurso de diez años ha recibido la aprobación y bendición de cincuenta y cuatro arzobispos y obispos de América del Norte. Cuenta actualmente 120,000 Guardias en las diócesis de Quebec, Montreal, Ottawa, Toronto, Nuevo Brunswick, Nueva Escocia, Manitoba, Colombia británica, Isla de Vancouver y entre los indios de los montes Roquizes. También hay muchas secciones en Habana, Jamaica, Haití, Barbadas, Santa Lucía, Guadalupe y otras islas de las Antillas mayores y menores.

Dos años hace que cuatro Religiosas dominicas del Rosario Perpetuo se establecieron en Hoboken (Nuevo Jersey), donde está el Centro general del Rosario Perpetuo de América Septentrional, bajo la dirección de dichas Religiosas, las cuales son ya una Comunidad de veintiocho. Su fin es suplir con su adoración perpetua las horas que los Guardias de Honor omitan por imposibilidad ó descuido. En este convento se admiten las señoras que quieren hacer ejercicios espirituales, encontrando todas las comodidades que para el bueno y exacto cumplimiento de los mismos se requiere.

—A pesar de lo mucho que se ha hablado de Chicago con motivo de la última Exposición universal allí celebrada, muy pocos serán los que conozcan su origen.

En 1673, dos jesuitas de las Misiones canadienses, el P. Joliet y el P. Marquette, emprendieron un viaje de exploración en la región llamada de los Grandes Lagos, desconocida entonces de los europeos y habitada por las tribus nómadas. Costeando el inmenso lago ó mar interior llamado de Michigán, llegaron al límite de una gran laguna que desembocaba en el lago y que recibía por sus extremidades dos grandes ríos, procedentes el uno del Norte y el otro del Sur.

Allí fundaron una pequeña Misión, á la que acudían los ilineses en invierno, para dispersarse después y entregarse á la caza del búfalo, no sin establecerse allí los que iban siendo convertidos por los dos celosos misioneros. Enterados los canadienses, acudieron allí para cambiar sus productos por las ricas pieles de búfalos cazados por los salvajes, y así continuaron hasta 1804, en cuyo año el Gobierno de los Estados Unidos construyó una fortaleza, en torno á la cual un centenar de negociantes establecieron sus viviendas, de madera primero y de piedra después en 1830.

A los siete años la aldea contaba 4,000 habitantes, y 30,000 en 1850; siendo ahora la segunda ciudad de los Estados Unidos, con más de un millón de habitantes, aquella pobre Misión fundada en 1673 por dos misioneros jesuitas.

Méjico.—Tomamos de una carta lo siguiente que revela el actual estado religioso de Méjico:

«Se nos decía que en Méjico sólo las mujeres van á la iglesia. Mas lo que yo he visto durante dos inviernos consecutivos, es que casi siempre ambos sexos están representados por igual en la casa del Señor. Si hay á veces alguna diferencia, ésta queda á favor de los hombres...

«Después de la ciudad de Méjico, Guadalajara es la población más floreciente é importante de toda la República. En la noche del día en que llegamos, fuimos á pasearnos por la plaza, como acostumbran hacerlo á la misma hora los habitantes de la ciudad. El espectáculo era encantador, y una banda militar tocaba en el centro del recinto. El lugar estaba brillantemente ilumina-

do, y ostentaba una profusión de fuentes, flores y naranjos cargados de fruto. Movíanse todo en derredor, hombres y mujeres, vestidos de sus trajes pintorescos y formando grupos separados. En un lado de la plaza se levanta majestuosamente la Catedral, y en otro lado surge el palacio del gobernador.

«De repente, sin previa señal ni palabra de aviso, todos los que ocupaban un lado de la plaza cayeron de rodillas. Tan lejos como podía alcanzar la vista, y hasta bajo las negras arcadas que se divisaban en lontananza, se veía la gente hincada. Entre la multitud de devotos había varios policías: los dos centinelas de la fuerza pública, no atreviéndose á ponerse de hinojos, permanecieron en pie y saludaron. Un pequeño y nada elegante carruaje, tirado por dos mulas blancas y asaz viejas, acababa de llegar á una de las puertas laterales del grandioso templo. La puerta se abrió, y un anciano saliendo de ella con bastante prisa y con un bultito en las manos, entró en el coche que le esperaba. Era un sacerdote que llevaba el Viático á un moribundo. La ley prohíbe se toquen las campanas y se usen faroles ó antorchas para semejante acto. Sin embargo, nuestro Amo recibió los mismos homenajes que se le rendirían si saliese rodeado de esas exterioridades que mueven á piedad y devoción.

«Algunos días después de esto, un sábado por la tarde, íbamos de viaje en el ferrocarril. Sentábase en nuestro coche un hombre de aspecto más bien agradable y sin barba, vestido como el común de los mejicanos, con la única diferencia de que llevaba una ancha y larga capa. Nos paramos en una pequeña estación rural, donde nuestro compañero de viaje se preparó á bajar del tren. Mas antes de que lo hiciera, cosa de cuarenta personas subieron presurosas al vagón y le rodearon con las mayores muestras de alborozo. Era su Padre, su sacerdote, que iba á decirles Misa como acostumbra hacerlo cada domingo. Besaban sus manos, y le prodigaban todas las pruebas de afecto que hijos cariñosos suelen prodigar á sus padres verdaderos. La fe tan sencilla, tan espontánea y natural que observamos en todo el país, es cosa que tiene mucho de patético.»

—En un periódico de Méjico leemos la siguiente rectificación: «Méjico, 6 de Agosto de 1894.—Señor Director de *El Tiempo*.—Presente.

«Muy señor mío: He leído últimamente en varios periódicos un cuadro sobre las Iglesias orientales, y todos están de acuerdo en asignar á los maronitas el número de 25,000 almas, cosa que no sé cómo explicarla, siendo tan conocida esta nación en el mundo civilizado.

«En otra ocasión he refutado este error, dando una detallada relación sobre esta nación, afirmando que el número del pueblo de San Marón hoy día es de 500,000 almas. Además, me parece que dichos periódicos confunden á los maronitas con las demás naciones orientales, siendo perfectamente notoria la permanente unión de esta nación con la Iglesia romana, desde el IV siglo hasta nuestros días. Por consiguiente, el llamamiento que Su Santidad León XIII hace á las Iglesias de Oriente, no se refiere á la nación maronita.

«Concluyo suplicando á V., señor Director, se sirva dar publicidad á la presente y disimularme el que haya distraído su atención, pues lo he hecho impulsado por el deber que me impone el ser, por dicha mía, hijo de aquella ilustre nación, que desde los primitivos tiempos de la Iglesia se ha gloriado de ser hija sumisa de la Santa Sede Romana.

«Con ocasión de esto me es muy grato, señor Director, subscribirme de V. afmo. y S. S. Q. B. S. M.—David Assad, misionero maronita.»

Noticias varias.—Desde el tiempo de la Reforma, ó sea hace trescientos sesenta y dos años, no se había visto en Copenhague y en toda Dinamarca una ordenación sacerdotal como la que ha llevado á efecto en Agosto último Mons. Von Euch, vicario apostólico de aquel reino, en la persona de D. Francisco Von Tessen, asistiendo á la ceremonia numeroso y devoto público.

—M. Wulfingh, de la Congregación de Redentoristas, pidió días pasados á la Superiora del convento de Tilburg en Holanda, seis

Hermanas para ir á cuidar en la Guyana holandesa á los lepro-
sos, que allí existen en gran número.

La Superiora, deseosa de servir al Prelado, citó á las Religiosas
exponiéndoles los deseos de aquél.

Acto continuo se presentaron noventa Hermanas, que volunta-
riamente manifestáronse dispuestas á ir á socorrer á los atacados
de aquella terrible enfermedad, sin temor alguno á perder su vida,
sacrificándola en aras de la caridad.

La Superiora, conmovida por la abnegación de sus Hermanas,
escogió el número que la pedían, y en breve saldrán para la Gu-
yana aquellas santas señoras.

OBRA IMPORTANTE.— Lo es la publicada por el Rdo. P. Vannu-
telli, de la Orden de Predicadores, sobre *La cuestión religiosa
de Oriente*. Es un verdadero estudio práctico el de aquel celoso
Dominico, propio para alentar la unión de las dos Iglesias de
Oriente y Occidente, cuyo razonado estudio es el fruto de muchos
viajes que ha hecho á aquellas apartadas regiones, de las cuales
ha tratado en diecinueve escritos sobre el Oriente, y cuya nueva
publicación viene á ser como un compendio de todos ellos.

Allí trata de mano maestra de la necesidad que tenemos de
procurar esta unidad católica en el Oriente; de las cuestiones que
engendra el tener diverso calendario; de la acción católica en
Oriente; de los obstáculos y dificultades que se oponen á la unión;
de la variedad de condiciones de la Tierra Santa y de Rusia; del
culto público en Oriente, y de la actitud que, según su parecer,
deberían adoptar los católicos para conseguir la ansiada unión.

LOS MÉDICOS CHINOS.— Parece que los médicos del Celeste Im-
perio, á imitación de sus colegas europeos, han tomado la cos-
tumbre de hacerse especialistas, pero con la originalidad propia
de su raza.

Unos se consagran á las enfermedades producidas por el frío;
otros á las causadas por el calor, y otros sólo á las de ancianos,
mujeres ó de niños.

Los barberos inspiran generalmente confianza á los chinos en
las enfermedades de oídos, de ojos y de pies.

RUINAS EGIPCIAS.— Se acaba de descubrir á orillas del Nilo, no
lejos de las ruinas de Tebas, los restos admirablemente conserva-
dos de un templo egipcio que se remonta á la época de Ram-
sés III. Fuera de numerosas estatuas representando dioses egip-
cios, el buey Apis, cocodrilos y serpientes, se han descubierto va-
sos sagrados de oro, collares y diferentes instrumentos de gran
valor artístico. Se continúan las excavaciones con actividad, y
los objetos hallados se transportarán al Museo Real de Londres.

VARIEDADES

ORIGEN DE LOS TALISMANES CHINOS

La guerra entre el Celeste Imperio y el Japón ha
despertado la general curiosidad de conocer todas
las cosas extraordinarias y raras de aquellos pue-
blos; y por ser ahora de oportunidad, voy á dar á co-
nocer un documento que conservo hace algunos años.

Entre otras muchas cosas que trajo de Pekín un di-
plomático amigo y compañero mío, y en cuyo examen
pasé toda una tarde agradablemente entretenido, hallé
una hoja que contenía el texto y dibujos de un libro
chino titulado *Chan-yuen-King*, y que es tenido por
sagrado en aquel país.

Del texto saqué yo un traslado, que dice así:

«En otro tiempo el emperador Hiao-Wenti (que rei-
nó desde el año 163 hasta el 156 antes de Jesucristo)
preguntó en estos términos al cronista de su palacio:

«—Hace siglos que existe una casa que se llama *la*

habitación de los tres hombres simples. ¿Qué es lo
que se entiende por esto?

«—Atended, contestó, á los signos por los cuales
podréis reconocer la habitación de los tres hombres sim-
ples: una, que es alta por delante y baja por detrás, es
la casa del primer hombre simple; la otra, á cuya parte
septentrional corre un riachuelo, es la casa del segundo
hombre simple; la que es alta por la parte del Sudeste
y nivelada por la del Noroeste, es la casa del tercer
hombre simple.

«Cierta día salió de incógnito el Emperador, y ha-
biendo llegado á los límites de Hong-Kong, vió una casa
y entró en ella bruscamente. Esta casa era rica y es-
paciota, y cobijábanse bajo su techo unos cincuenta ha-
bitantes. El emperador salió de ella lleno de admiración.

«Al día siguiente mandó llamar á dos agoreros ver-
sados en la ciencia del Ing y del Yang, es decir, de los
dos principios que presiden todas las operaciones de la
naturaleza. Disfrazóse con un traje ordinario y volvió al
mismo lugar, á fin de indagar la causa que había pro-
ducido su admiración.

«A su llegada, el dueño de la casa salió á recibirle, y
le dió las mayores muestras de respeto. Habiéndole pre-
guntado el emperador su nombre de familia, le contestó:

«—Mi nombre de familia es Lie-u, y mi apellido
Tsin-Ping.

«—¿Cuántos años hace que habitáis esta casa?

«—Cerca de treinta años.

«—Pero ésta es justamente la habitación de los tres
hombres simples. Este país es peligroso é inhabitable.
¿Cómo lo hacéis para vivir aquí en paz y libre de en-
fermedades? ¿Queréis desvanecer mis dudas?

«—En un principio, repuso Lie-u, cuando yo vivía
en este lugar, las personas de mi casa perecían de
muerte prematura; mis riquezas se disminuían, mis
animales domésticos eran víctimas de crueles enferme-
dades, mi pobreza y mis calamidades se aumentaban
diariamente. Una noche vinieron dos estudiantes pi-
diéndome una cama para dormir; yo les manifesté el
triste estado en que me encontraba, por cuya razón
apenas pude darles más que un pequeño plato de arroz.
Los dos jóvenes me manifestaron su agradecimiento, y
hablándome en el tono que inspira la franqueza me di-
jeron:

«—¿Cómo podéis habitar en esta casa, siendo éste
«un lugar tan peligroso?

«—Mis recursos son harto limitados, les contesté,
«para que pueda trasladarme á otra parte.

«—Nosotros tenemos, replicaron, un recurso para
«remediar vuestros males, sin que tengáis necesidad de
«mudar de habitación.»

«Al oír esto no pude menos de saludarles muchas
veces, y suplicarles que me lo enseñasen al instante.

«Entonces me presentaron setenta y dos talismanes,
diciéndome:

«—Dentro de diez años os encontraréis en la opulen-
«cia y colmado de honores; dentro de veinte años con-
«taréis un sinnúmero de hijos y nietos; dentro de trein-
«ta años, un emperador, vestido lo mismo que otro
«cualquier hombre del pueblo, entrará en vuestra casa.»

«—Las dos primeras predicciones, añadió Lie-u, es-
tán ya cumplidas; pero el emperador, vestido como un

hombre del pueblo, no ha honrado todavía mi casa con su visita.

«—¿Y en dónde están esos jóvenes? Le preguntó el emperador sonriéndose.

«—Después de haberme dado sus talismanes, respondió Lie-u, se marcharon, despidiéndose de mí; pero apenas habrían andado cincuenta pasos, cuando desaparecieron de repente, dejando tan sólo una ráfaga de luz blanquecina que se elevó hasta el cielo.

«—¿Tenéis á bien, dijo el emperador, enseñarme esos talismanes?

«Lie-u los sacó alegremente de una caja y se los enseñó.

«El emperador, cuya visita secreta había sido profetizada por los dos jóvenes, mandó entonces á los agoreros que le acompañaban copiar con la mayor exactitud estos modelos.

«De vuelta á su palacio, se ocupó en vulgarizarlos por todo su Imperio.

«Desde la dinastía de Han (163 años antes de Jesucristo), todo el que copia estos talismanes y los cuelga en su casa, se preserva de toda especie de males y consigue todo género de prosperidades.»

La leyenda china cuya traducción precede, se encuentra á la cabeza de una extensa hoja impresa con tinta encarnada; en la parte inferior de la misma hoja están dibujados los setenta y dos talismanes distribuidos en doce columnas.

Cada uno tiene una inscripción en chino indicando la propiedad particular que se le atribuye; y como las inscripciones de estos amuletos comprenden casi todos los males y todos los bienes que un hombre puede temer ó desear, los que fían en su virtud no tienen más que copiar estas hojas y colgarlas en su casa.

A veces se copian aquellos talismanes de que cree tener necesidad; y ya se les pega á la puerta de una casa para alejar ciertos genios maléficos, ya se les lleva consigo para preservarse de ciertas enfermedades, librarse de un peligro, de los ataques de los ladrones ó de los riesgos propios del comercio.

Los signos y cifras extrañas de que se componen estos setenta y dos talismanes, no hacen ningún sentido en chino, aun cuando en ellos se perciban algunos caracteres correctos, como las palabras *campo*, *tierra*, *sol*, *luna*, y sólo tienen un valor de convención entre los charlatanes y los agoreros del Imperio Celeste.

La parte superior de cada talismán, formada por líneas rectas y por círculos, representa las estrellas de las constelaciones á las cuales se atribuye una influencia particular que debe asegurar su eficacia.

El actual emperador de China, Tsait'ien, estaría muy tranquilo riéndose de la guerra, cuya victoria habrían de asegurarle los talismanes, si no fuera por la pícara casualidad de que los japoneses los tienen como él.

Si la guerra continúa, alguno tiene que perder. Mal negocio para el crédito de los talismanes.—L.

(E. M. C.).

COSTUMBRES DE LOS ARMENIOS

Existe una antigua creencia, unánimemente extendida entre todos los armenios, de que los Angeles se acercan á la casa donde se encuentra un enfermo, y

cuando su mal aumenta, penetran en la habitación del moribundo para llevarse su alma, asistiendo á su último suspiro.

Cuando no queda ninguna esperanza y comienza la agonía, los parientes se apresuran á hacer toda clase de preparativos para recibir á los Angeles con las atenciones debidas. Las paredes de la pieza donde está el enfermo se cubren de preciosas telas, de valiosos tapices y cintas, con objeto de *que le parezca menos dura la comparación con las regiones celestes*, como dice la tradición.

Con el mismo fin se siembra el pavimento de rosas y de otras flores olorosas; se echan esencias en todos los muebles, y se quema ámbar y benjuí en todos los braseros; se encienden numerosas antorchas para que haya la mayor luz posible, y se llevan á la habitación toda la vagilla y joyas para aumentar la brillantez.

Después se disponen sobre limpios manteles de lienzo finos manjares delicados y refrescantes bebidas, con el fin de que hagan uso de ellas los Angeles cuando llegue la hora suprema.

En otra habitación, para alegrar su estancia en la tierra, á donde les llama momentáneamente un deber seráfico, el primer visitante que llega coge la *bala-laika*, especie de guitarra hecha de corteza de calabaza, y hace vibrar sus cuerdas con frenesí. Frecuentemente se acompaña el que toca una canción que no tiene nada de fúnebre, mientras que el resto de los asistentes saborean los dulces y los sorbetes preparados para los Angeles con objeto de que éstos tengan compañía.

Con el último hálito del agonizante, termina de pronto esta exaltación. La majestad de la muerte vuelve á su ordinaria tristeza á los alucinados concurrentes. Los Angeles acaban de cumplir su misión. El alma ha volado, y allí queda el cuerpo querido, pálido y frío, en medio de aquella profana pompa que, sin embargo, parece un catafalco: los sollozos estallan estridentes, y agudos gritos salen de todas las gargantas, y de todos los ojos se escapan torrentes de lágrimas.

E. M. C.

BUEN RESULTADO DE UN ARDID

Cuando la conquista del Canadá, los salvajes resistían tenazmente á los conquistadores, y sólo se obtuvo su sumisión por un ardid de un oficial, en el cual desempeñó el principal papel el alcohol.

Reunió el oficial á los salvajes más influyentes y les dijo:

«—¿Sabéis qué poder desafiáis? ¿No sabéis lo que yo puedo hacer? Pues vais á verlo; que me traigan un cubo de agua.

Sus gentes, que ya estaban en el secreto, le llevaron un cubo de alcohol, al cual el oficial prendió fuego. Los salvajes admirados cayeron á sus pies.

«—¿Lo veis? añadió: si persistís en vuestra resistencia, quemaré de igual manera vuestro río San Lorenzo.

A partir de aquel día la dominación fué un hecho.